





















# LA MADRECITA

CUADROS DE COSTUMBRES

A MADRILEÑA

IMPRESA DE JUAN PUEYO

4738m

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

# LA MADRECITA

CUADROS DE COSTUMBRES



171616  
20 V. 22

BIBLIOTECA NUÈVA  
LISTA, 66. — MADRID





I

LA MADRECITA

*A Gonzalo Bilbao.*



# I

## ELLA Y ÉL

*Tus ojos y mis ojos  
se han enredao  
como las sarsamoras  
en los vayaos.*

Isabel sacó á la puerta de su casa una silla y se sentó á esperar al novio.

Desde allí veía á sus tres sobrinillos, jugando con otros camaradas infantiles en la plazoleta cercana. Sus voces alegres y sus cantares llegaban hasta ella como un eco de sana alegría.

La tarde era tibia y serena; de otoño sevillano.

Doña Angustias, la vecina de enfrente, que se había asomado á su balcón muy puesta de bata y con más harina en la cara que el pescado antes de freírse, la saludó con afabilidad y simpatía:

—Isabelita, buenas tardes.

—Téngalas usted muy buenas, doña Angustias.

—¿Has visto qué tiempo, hija mía? Da gloria respirá.

—Verdá que da gloria. Yo por eso me he salido á la puerta.—Y mirando hacia el extremo izquierdo de la calle, añadió:—Está la tarde pa queré.

Doña Angustias soltó la risa. Luego suspiró con nostalgia. Admiraba á Isabel y la quería como si la hubiera echado al mundo. Pero, ¡qué más habría deseado ella! La miel de himeneo nunca rozó sus pintados labios.

Verdaderamente, Isabel merecía el cariño y la admiración, no ya de doña Angustias, sino del barrio entero. La gracia y la serenidad de su alma parecían dar equilibrio á su persona. Era su cuerpo fino, de curvas delicadas, como modeladas con amor. Acaso un amante de la belleza clásica notaría cierta leve desproporción en su seno cándido y virginal; pero esto, en ella no parecía un defecto. Sus ojos eran negros y apacibles; su frente, blanca; gracioso y dulce todo el conjunto de su rostro, de suave resplandor, como el cielo de aquella tarde.

Doña Angustias, persona de pintoresco estilo, le había dicho mil veces:



—Hija mía, ya se ve que tu padre se ha ganao la vida copiando en el Museo la Virgen de la Ser-viyeta.

Siguió el palique entre las vecinas:

—De espera, ¿eh?

—De espera.

—¿Y vendrá?

—¡Digo! ¿Qué otra cosa tiene que hasé?

—Tú, por sí ó por no, te has compuesto.

—El arreglarse no es compostura.

—¿Es nuevo ese vestido?

—Lo parese. Es del año pasao; sino que le he añadido este faralá, que lo anima mucho. Hay que tené malisia.

Malicia ó sencillez, compostura ó arreglo natural, ello era que se había puesto un traje rosa, un pañolito blanco de talle y unos zapatitos de charol, que eran tres primores en uno. Y como la clase social á que pertenecía se daba la mano con el pueblo, modesta siempre, y con un buen gusto instintivo, mejor que pasar por una señori-tinga cursi—así decía ella—de las de

*mucha parola,  
y el puchero á la lumbre  
con agua sola,*

prefería parecer una artesana primorosa y bien acicalada.

Doña Angustias, en creciente admiración por la niña, cortó un clavel de una de las macetas que eran gala de su balcón, y se lo arrojó sonriente. El clavel fué á caer en la falda de la muchacha. Hizo lo que debía.

—Gracias—dijo ella entre alegre y ufana. Y con un solo movimiento lo prendió en sus cabellos negros.

—¿Y cuándo, cuándo...?—volvió á interrogar la vecina.

—¿Cuándo qué?

—Ya me entiendes tú demasiao.

—¡Ah!—respondió Isabel, que estaba al cabo de la calle desde el primer cuándo—. Ni él ni yo tenemos prisa. Con charlá nos basta por ahora.

—¿Con charlá?—respondió muy sorprendida doña Angustias. Después se le nubló el semblante.

—Isabel, ¿tú qué edá tienes ya?

—Para Mayo hago los dies y nueve.

—Totá: dies y ocho.

Y al decir lo de diez y ocho soltó la señora

tal suspiro, que parecía que cambiaba el tiempo.

Por el extremo izquierdo de la calle, que era angosta y larga, por aquel extremo hacia el cual miró Isabelita cuando pensó que estaba la tarde para querer, apareció Fernando, su novio. Al verse, la sonrisa coincidió en las caras de ambos enamorados.

Venía el muchacho, á su parecer, como para dejarse mirar por su novia: traje de americana azul, bota clara y sombrero de ala ancha gris; de suerte que caminaba hacia ella con un aire de presunción satisfecha perfectamente disculpable.

Era Fernando Alfaro, á quien sus amigos llamaban Alfarito, un mozo de hasta edad de veinticinco años, simpático y despierto, de ojos negros, bigote negro y cabello negro también, que destacaban contrastando en la palidez de su semblante. De buena estatura y de movimientos airoso y finos ademanes, hallábase el hombre un poquillo pagado de su figura, y aun—¿por qué no decirlo?—orgullosos de su labia y de su gracejo.

Sus padres tenían dos cosas que hacer en esta vida: cuidar de un establecimiento, que era toda su hacienda, en el cual se vendían molduras para

cuadros, lienzos para pintar, tubos de colores y demás enseres y trebejos necesarios para el arte divino de Velázquez, y cuidar asimismo de limpiarse el uno al otro la baba cuando Fernando, su único hijo, se hallaba en su presencia, ó cuando algún amigo les decía simplemente que lo había visto por la calle.

Fernando, por su parte, no tenía mucho más que hacer. Su misión estaba reducida á querer más que á nadie á los viejos—como á sus padres les decía—y á querer á su novia tanto como á los viejos, bien que de muy distinta manera. Ni más ocupación, ni más quebradero de cabeza, ni más ideal terreno ni ultraterreno. Era aficionado á los toros, y á los caballos, y al canto popular andaluz, y un poquito á la juerga, y otro poquito al vino, y otro poquito á los gallos ingleses; pero ninguna de estas aficiones llegó jamás á apasionarle ni á turbar, por lo tanto, su vida regalada y tranquila.

Se acercó á Isabel, que lo había visto avanzar embobada de pura dicha, y quitándose el sombrero con sorna le preguntó, como si fuese un forastero extraviado en las revueltas encrucijadas de Sevilla:



—Diga usted, niña: ¿la caeye del Lirio, cae serca de aquí, ó será cosa de tomá un coche?

—Yo no puedo contestarle á usted, porque soy de pueblo. Pregúnteselo usted á un munisipá.

—¡Vaya por Dios! Es desgrasia la mía.

Y encarándose con doña Angustias, que contemplaba la escena con los dientes largos, tornó á preguntar:

—¿Usté sabe si cae por aquí la caeye del Lirio?

—No, señó; esa caeye está por otro barrio.

—¿Por cuál?

—Por el barrio de la guasa viva.

El golpe de ingenio realmente inesperado de doña Angustias, determinó que los tres á una soltaran la carcajada, que resonó en la soledad de la calle. Isabel entonces entró en su casa por una silla para él, y colocándola pegadita á la suya le dijo:

—¡Qué clase de guasa traes tú hoy! Siéntate ya, martirio.

Y dicho y hecho. Se sentó él, se sentó ella, y se miraron un instante poniendo en sus ojos toda la dicha que sentían. Doña Angustias—¿qué iba á hacer la pobre?—se consagró á decirle cosas tier-nas á un loro que tenía en el balcón de junto y

que se había pasado la tarde dando volteretas por la jaula, articulando sonidos raros y de un humor de perros. Un loro enfadado es el ser más cómico de la creación, por lo mucho que recuerda al hombre.

El palique de los novios empezó animado y ligero. La voz de ambos oíase claramente, pues lo que se decían no tenían por qué recatarlo. Poco á poco, á medida que se iban caldeando los corazones al recibir el fuego de los ojos y de las palabras amorosas, instintivamente se acercaban el uno al otro y hablaban más bajo. De cuando en cuando, la fresca risa de Isabel saltaba en el misterioso cuchicheo. Llegaron á abstraerse: ni veían ni sabían de más mundo que aquel pedacito de acera en que ellos estaban, ni soñaban con más felicidad que la presente, deleitándose en paladear embelesados la miel de un cariño que juzgaban inmutable y eterno. Ni vieron á unas chiquillas que por allí pasaron riéndose de los dos, ni oyeron la despedida afectuosa de la vecina al retirarse, ni advirtieron que moría la tarde y que en el cielo puro y transparente principiaban á brillar estrellitas, ni se dieron cuenta de que se les había acercado el pa-

dre de Isabel hasta que lo tuvieron delante un buen rato.

—Pero niños, ¿ustedes saben qué hora es?

—¡Don Antonio!

—¡Papá! Siempre nos sucede lo mismo.

—Ya, ya. Anda, yégate por esos diabliyos á la plasoleta, y vamos á comer, que ya es hora.

¿Tú nos quieres acompañar, Fernando?

—Gracias, don Antonio.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Entró en la casa el padre de Isabel.

—¿Vendrás luego?—le preguntó á su novio ésta con el afán de quien apenas ha empezado á decir palabras de cuantas ansiaba decir, no obstante la *pava* de dos horas.

—¡Ya lo creo!—le contestó él—. Tengo que desirte una cosa que nunca te he dicho.

—Dímela antes de irte.

—Luego, luego.

—No me dejes con la curiosidá.

—Siempre ha de sé tu gusto—replicó Fernando contemplándola. Y después, seguro de que se admiraría su salida, y porque cuidaba siempre lo agradable de la última impresión, añadió:

—El día que tú me des un beso, me pongo un fanalito en la boca.

Se estrecharon fuertemente las manos, y él echó á andar mientras ellas reía, ocultando en la risa el rubor.

—Verdá que no me lo había dicho nunca— pensaba la mocita viéndolo alejarse. Y cuando volvía de la plazoleta con sus tres sobrinillos:

—Tiene mucha rasón doña Angustias: estamos los dos pa que nos llien en un papé como á los caramelos.

## II

### DON ANTONIO Y SU CASA

*No tengo padre ni madre:  
¿dónde me arrimaré yo?  
¿No habrá un pechito en er mundo  
que quiera darme caló?*

Don Antonio Jiménez, el padre de Isabel, era un viejo bonachón y simpático, de menuda figurilla y barbas y bigotes blancos y revueltos, requemados por el tabaco. Usaba gafas desde su mocedad, que no se quitaba sino para acostarse, y era en su vestir desaliñado y poco cuidadoso, condición que desesperaba á su hija.

En los ojos cansados de aquel buen hombre, que relucían tenuamente detrás de los cristales de sus gafas como dos pececillos inquietos; en su frente, llena de profundas arrugas; en su rostro todo, había una huella de dolor resignado.



Don Antonio arañaba ya en los sesenta inviernos, y bien sabe Dios que tuvo la vida para él más de valle de lágrimas que de campo de flores.

Era, como se ha dicho, pintor. Necesidades de su casa le llevaron muy niño á copiar en el Museo de Sevilla los lienzos de Murillo y de Zurbarán, y allí quedaron presas sus aficiones y como ahogadas sus aptitudes, que tal vez sin aquella cotidiana tarea impuesta en la niñez, no como recreo para el espíritu, sino como trabajo penoso, habrían volado por cuenta propia, y quién sabe con qué rumbo y hasta qué altura. Ello fué que se quedó en copista, y que según él mismo afirmaba, con satisfacción en que había mucho de gratitud hacia el ingrato oficio, este ó aquel cuadro de Murillo (*La Anunciación, La Virgen de la Servilleta*) los había copiado más de setenta veces.

Cuando los encargos de copias escaseaban, ayudábase don Antonio con pinturas originales, reproduciendo una y otra vez en azulejos la Torre del Oro y la Giralda. Los vendía muy baratos, y singularmente en época de fiestas se los llevaban los extranjeros á manos llenas. Siempre que pasaba don Antonio por delante de alguna

de las dos torres, se quitaba humorísticamente el sombrero. Ya sabemos que era hombre agradecido.

Las copias, pues, los azulejos, y de cuando en cuando tal cual lección á algunas señoritas de estas que sienten arder en su alma el puro anhelo de pintar á la perfección melocotones y ostras, dábanle al buen don Antonio para ir tirando de su vida y de la de los suyos, ya que no para regalarse ni regalarlos.

Las comadres del barrio jurarían que Jiménez ahorra, y que todos los meses metía bajo tierra una moneda de cinco duros. Por desgracia, esto no pasaba de fantasía. Vivía con estrechez, en una casita de dos pisos, que de puro modesta bien podría llamársele pobre.

Tuvo la mujer de nuestro artista la mala ocurrencia de morirse cuando más falta hacía en la casa; esto es, cuando las dos hijas que dejó empezaban á convertirse de capullos en rosas. La mayor, Remedios, se enamoró á los quince años apenas cumplidos de un novillerillo sinvergüenza, pendenciero y borracho, y se enamoró con tal ahinco, que no fueron bastantes á abrirle los ojos y á desengañarla ni consejos dulces ni ame-

nazas duras. Seis meses se pasó la niña encerrada en su cuarto, sin hablarle á ninguno de la familia, y ocupada sólo en escribirle cartas al torero y en leer las que, dictadas por éste, le escribía su apoderado á ella. En resumidas cuentas, que contra viento y marea hubo que casarlos para evitar males mayores; es decir, mayores escándalos, que no es precisamente lo mismo.

A los tres años mal contados de vivir con su dulce esposo, había la niña echado al mundo tres criaturas muy monas, y tenía los colores muertos, la salud perdida y señalado el cuerpo de las palizas con que el animal del novillero pagaba aquel amor que la condujo al sacrificio. Don Antonio, el templado y bueno de don Antonio, que lloraba en silencio tanta y tan amarga desventura, llegó á pensar muy seriamente en pegarle un tiro á aquel bribón, ya que era absurda la contingencia de una cogida que lo mandara al otro barrio, porque el desvergonzado aprendiz de Costillares se ponía siempre á respetable distancia de los cuernos.

La Providencia, la casualidad ó lo que fuese libró de aquel cuidado al infeliz padre, bien que á costa de un gran dolor. El torerillo des-

apareció de la noche á la mañana, abandonando á su mujer y á sus hijos, y la pobrecita Remedios murió al año siguiente, jurándoles á todos que si hubiera visto un momento no más al que fué su verdugo, habría muerto contenta, ó tal vez habría cobrado nuevo aliento para vivir.

Recogió el abuelo á sus tres nietos, é Isabel, que á la sazón contaba diez y seis abriles, por soberano impulso de su corazón y por un misterioso instinto de madre que llenaba todo su ser, echó sobre sí, de la manera más natural y sencilla, la pesada y trabajosa carga de cuidar y educar á los huerfanitos, como si fuese un sagrado deber que á ella sólo correspondía. Ni pensó en otra solución, ni quiso que se hablara de ella: se erigió en madrecita y aceptó satisfecha cuantos dolores, afanes y trabajos traen consigo los hijos propios. ¡Oh, qué reparador bálsamo fué éste para la abierta herida que desangraba el corazón del pobre copista de las Concepciones!

Los chiquillos eran tres: Luisito y Paco, el mayor y el segundo, y Rosita, que no levantaba un palmo del suelo. Los tres habían salido á la madre: quiere decirse con esto que eran bonitos. Luisito, el primogénito, tenía la piel de Barrabás;

pero no era temible, porque siempre que estaba ideando una travesura se ponía bizco sin querer, y esta era la señal para vigilarlo. Paco era más pacífico, si bien de una arrogancia graciosa y de un desaforado afán de pintarrapear puertas y paredes.

—Este demonio tiene á Muriyo en la barriga—solía decir la madrecita, refiriéndose á aquel muñeco, mientras encalaba pacientemente todos sus prodigios artísticos.

Rosita, la última, era lindísima: de cabello rubio y ojos negros ó *remendada*, como se llaman por allí, vivaracha, inquieta, preguntona hasta fatigar, charlatana, embustera, graciosísima, en una palabra.

Era cosa de ver á Isabelita bregando con ellos. Su pequeña figura parecía agrandarse y crecer en aquella augusta misión de madre, que amorosamente echó sobre sus pocos años. Ella los lavaba y vestía; ella los llevaba al colegio; ella los tornaba á la casa; ella les daba de almorzar y comer; ella era mediadora en las refriegas de los dos mayores, que siempre andaban á la greña; ella les zurcía y remendaba las ropitas; ella los embobaba con cuentos maravillosos, frescos aún



en su imaginación de niña; ella les enseñaba oraciones pueriles para que se durmieran santamente; ella les arrullaba el sueño...

Hoy de esta, mañana de la otra, de todas las escenas infantiles participaba como espectador el abuelo; pero había una, tan graciosa y pintoresca á su parecer, que era el cuadro de su predilección. ¡De qué buena gana lo habría pintado! En el cuarto de la plancha, junto á la azotea, tenía Isabelita un barril vacío—resto de un regalo de manzanilla que un comprador le hizo á don Antonio—, el cual, convenientemente abierto por uno de los lados y apoyado en el suelo sobre el otro, hacía veces de baño. Llenábalo de agua del tiempo; si éste era frío echábale alguna caliente, y ponía á los tres chiquillos lo mismo que vinieron al mundo. Trabajo le costaba las más veces reducirlos á la obediencia, y tenía que correr detrás de ellos dando vueltas al cuarto; pero no había modo de escapar: al fin los cogía, y uno detrás de otro eran fregoteados con verdadera saña. Lloraba y pataleaba, por lo regular, el que estaba dentro del barril, mientras los otros se reían de verlo, hasta que, naturalmente, les llegaba también su turno de llanto y de protestas. Des-

pués, pasado el mal rato, ella misma los enjugaba y los vestía de limpio, y los hartaba de caricias y fiestas, y les hacía cosquillas para que se riesen, y hasta les daba algunos cuartos para caramelos y avellanas. Don Antonio sentía á par del alma no tener la paleta de Velázquez.

Así creció la madrecita, y así crecieron aquellas criaturas de Dios. Cuando la hemos visto ir á la plazoleta por ellas, lleno el corazón de felicidad, Luisito, el mayor, tenía seis años. Al entrar en el comedor con algazara y risas, ya el abuelo los aguardaba sentado á la mesa.

—¡Juanal—gritó al verlos entrar—. Ve trayendo la sopa.

Y á poco, de la cocina contigua salió, cazuela en mano, una vieja.

### III

## DEL OTOÑO A LA PRIMAVERA

*Males que acarrea el tiempo,  
¡quién pudiera penetrarlos,  
para poner el remedio  
antes que yegara el daño!*

Una tarde, ya muy avanzado el otoño, cuando de los árboles secos apenas caían algunas hojas que prestaran música al viento, llegó don Antonio á su casa todo mohino y cabizbajo. Se encerró en su alcoba, y por los cristales del balcón estuvo contemplando, abstraído, la triste serenidad del crepúsculo, viendo al sol que moría entre nubes rojas. Del fondo de su pecho cansado se escapó un suspiro largo y ardiente, que empañó uno de los cristales. Tan ensimismado se hallaba, tan preocupado y melancólico, que no

oyó á los nietos que lo llamaban á la mesa. Isabel tuvo que ir á buscarlo.

—Papá, ¿pero no vienes?

—Es verdá, hija mía.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes tú?

—Nada—contestó el viejo, tomándole la cara con mimo—. No tengo nada. Vamos al comedor.

La comida fué menos alegre y bulliciosa que de ordinario. Don Antonio se distraía con frecuencia, no prestaba la atención de siempre á los dichos y diabluras de los chiquitines, y cuando quería sonreír, por disimulo, no acertaba á disimular.

Isabel pensaba:

—¡Vaya si á ti te pasa algo!

Aquella noche, acostando á Rosita, que era la que más le daba que hacer, porque le gustaba correr en camisilla por la alcoba antes de meterse en la cama, y porque ya en ella parecía que le ponían trancas en los ojos y no quería dormirse, pasó por la frente de Isabel una idea siniestra, la única que le espantaba en el mundo. “¿Preocuparía á su padre, quizás, que hubiese aparecido impensadamente en Sevilla el maldito esposo de su hermana? ¿Se llevaría á los niños que, según

le había dicho don Antonio mil veces, le pertenecían y podía reclamarlos por ley?" Llena de zozobra, aguardó á que se durmiese la niña. Se acercó luego á la ventana, donde la esperaba impaciente su novio, y le dijo que andaba algo malucha y que iba á acostarse. Despidiéronse hasta el siguiente día, que era domingo, y habían de verse en misa de doce, y subió al comedor. Don Antonio, ajeno á la visita, meditaba sentado y con la cabeza caída sobre el pecho.

—¿Qué traes?—le preguntó al verla, esforzándose por aparecer indiferente y tranquilo.

—¡Qué traigo! ¡Qué traigo! Que me tienes que contá lo que te susede, papaíto.

—¡Pero chiquiyal...

—No hay chiquiya que valga. Esa no es tu cara. Te ocurre algo, y algo malo. Si no me lo dices me echaré á pensá disparates. Anda, dímelo, tonto; dímelo—añadió, besándolo en la frente.

Fué aquel beso de la muchacha como sol que cae sobre la nieve y la deshace en agua. Se echó á llorar el viejo como un chiquillo, y entre lágrimas le decía á su hija, para que no se alarmase demasiado al verlo así:

—No te apures, no te apures. Ahora te contaré.

—¿Se yevan á los niños, papá?—fué lo primero que preguntó Isabel, respondiendo al secreto espanto que le había asaltado en la alcoba.

—No, no, ¡qué desatinol—replicó el padre, secándose los ojos.

—¿Entonces...?

—¡Ay, nena mía! No te asustes, que no se yevan á tus niños: nadie los quiere más que tú y más que yo. No te asustes.

—¿Entonces...?—repitió Isabel ofuscada, sin que cupiese en su imaginación otra desgracia alguna.

—El que se va soy yo; yo soy el que se acaba y el que te deja. Yo soy el que se muere.

—¡Papá!

—Sí, hija, sí; esto no es de hoy: se viene preparando hace tiempo. No puedo trabajar: me falta la vista, me tiemblan las manos... Hace un mes me devolvieron una copia; hoy me han devuelto otra... Figúrate: si empesamos así... si empesamos así...

No pudo continuar hablando. Rompió á llorar de nuevo. Se le abrazó su hija, que lloraba también, y abrazados permanecieron un rato. El reloj del comedor dió las nueve. Por la calle pasó



un chicuelo entonando una canción truhanesca. En la cocina próxima se escuchaba la voz de la vieja amenazando de muerte á un gato.

Repuestos hija y padre de la primera sacudida que les produjo el choque del dolor, hablaron más serenamente. Uno y otra se empeñaban en consolarse, quitándole ó no queriendo concederle al caso la gravedad é importancia que en rigor tenía; pero allá en lo íntimo de sus corazones turbados sentían con fuerza toda la negra realidad; comprendían el drama pavoroso que traía consigo la falta de trabajo del viejo, su vista perdida, sus manos temblorosas y torpes.

Y así fué. Llegó el invierno, con su cara dura y su aliento frío, y con el invierno llegó la pobreza á la casa. El talento económico de Isabel era insuficiente para sacar de donde nada había. Se vivió un mes de una trampa que pudo cobrar don Antonio; otro mes se vivió llevando á la casa de préstamos primero los cuadros que nadie había querido, después el reloj del autor de los cuadros, y luego alguna que otra alhaja que dejó la difunta, recuerdos de la funesta boda.

Fernando, el novio de Isabel, ignoraba esta angustiosa crisis. Cuidó ella primero de ocultár-

sela como un delito, por delicadeza instintiva; después una larga ausencia del mozo siguió haciendo fácil el engaño, que de otra manera no habría podido prolongarse. Se escribían diariamente cartas llenas de cariño, de promesas tiernas, de palabras de miel, de ilusiones locas... ¿Con qué derecho la tristeza de la vida ordinaria y prosaica había de alborotar, enturbiándolas, las aguas serenas y limpias de aquel arroyito en que se miraban los enamorados?

Buscó trabajo don Antonio fuera de su arte: quiso el pobre viejo protestar contra aquella dolorosa impotencia, más amarga que su vida entera. Pero ¿adónde iba un hombre con sesenta años á la espalda, las barbas blancas, el cuerpo vencido, los ojos ciegos, los brazos inhábiles?... De puerta en puerta le dijeron: "Perdone usted por Dios."

A doña Angustias, la vecina afectuosa y dicharachera, le tocó un premio á la lotería, y *con las mismas*, según frase suya, fué y le hizo un regalo á su idolatrada Isabel.

—Hija de mi alma, yo quisiera que el Arcasa fuera mío, na más pa regalártelo; porque te lo mereses to, to, to.

Aquel dinero cayó como agua de Mayo, y fué un respirillo en la casa. Pero ¡ay! no más que un respirillo. El horizonte estaba lleno de sombras; la luz de la aurora no asomaba por ninguna parte.

Una mañanita temprano, tendiendo la madre-cita en la azotea algunas ropas de los niños, en que los zurcidos y remiendos lo eran todo, trajo el aire hasta ella el primer aliento de azahar de aquel año. La niña pensó:

—¡Qué triste vienes, primavera!



## IV

### SAETAS

*Mira una rosa e pasión:  
cuéntale siete puñales,  
una corona de espinas  
y tres clavitos mortales.*

En la tarde del Jueves Santo hubo en la casa de don Antonio larga llantina de la gente menuda. Querían los niños haber ido á ver las cofradías con su tita Isabel, y ésta se había opuesto á llevarlos porque no tenían ropa decente. Habló el abuelo de que viesen las que salen de madrugada, ya que de noche todos los gatos son pardos, y la oposición de Isabel fué entonces más tenaz y firme que lo había sido antes. Sucedió, pues, y en resolución, que se quedaron en casita llorando á moco y baba, y protestando, cada cual con sus medios propios y peculiares, de

aquel mal trato de que por primera vez los hacía víctimas la madrecita.

Tenía su camita la pequeñuela en el piso bajo y en la misma alcoba que Isabel; y algunas noches, pretextando miedos terribles, ó porque verdaderamente los sentía, le pedía á la tita por Dios que se la llevase á su cama. La del Jueves Santo fué una de ellas. Cedió Isabel á los deseos de la mocosa: acostóla, arropóla bien, y arrebujándose en un mantoncillo se le sentó á la cabecera.

—Acóstate tú, tita. ¿No te acosta tú?

—Ahora, ahora. Yo no tengo sueño todavía.

—Oye.

—¿Qué?

—¿Cando resusita er Señor?

—El sábado.

—¿Y matan á todos los judíos?

—A todos; no se escapa uno.

—¿Y er Señor sube ar sielo?

—Sí.

—¿Por dónde?

—Por una escalerita de plata que le ponen los ángeles.

—¿Cuá ángeles?



—Los ángeles, mujé. Duérmete y no preguntes más.

Inútil: siguió preguntando por Jesús y su Madre, por San Pedro y San Pablo, por el sol, por la luna, por las estrellitas del cielo y por qué pegaban tiros el sábado de Gloria. Cuando Isabel vió que dormía, sin moverse de donde estaba, para que no se despertase y reanudara el disparatado interrogatorio, reclinó la linda cabeza sobre la cama y entornó los cansados ojos, mitad como si buscara reposo y quietud, mitad para mejor recogerse en sí misma y entregarse á sus pensamientos.

Por su frente, blanca como faja de luna, pasaban confundidos los gratos recuerdos de aquellos días en que su paz era completa y su dicha segura, y las amargas impresiones que desde hacía algún tiempo combatían su espíritu atribulado. No acertaba ella á razonar tan tremenda mudanza, ni quería aceptarla como si fuese un castigo del cielo; porque ¿qué mal había hecho en el mundo la pobre niña para ser sometida á tan dura prueba? Pedíale á Dios fuerzas para llevar su cruz sin caer en el camino un momento; esperanza, siquiera fuese remota, de paz y bienestar

futuros, y muy secretamente pedíale también que en los trabajos y fatigas de la vida que ya había comenzado para ella, en la miseria y en las privaciones, su cuerpo no se deformara y sus colores no se marchitasen.

¿Y Fernando? ¿Qué pensaría Fernando? ¿Qué haría cuando supiera de las espinas que á ella le punzaban el corazón? ¿Qué cuando descubriese la miserable vida que arrastraba? ¡Oh! Para la niña era indudable: Fernando la sacaría de aquel suplicio; Fernando la salvaría á ella, y salvaría á su padre, y á todos. Indudable, indudable... Pero Isabel retardaba cuanto podía la revelación. Alentaba, además, el deseo, lleno de esperanza, de que un algo impensado, que ella no sabía determinar, milagroso, increíble, viniera de pronto á poner término á sus amarguras antes de que su novio las supiese por boca de ella ó las adivinase en sus ojos...

En la calle, de ordinario sosegada y sola, notábase aquella noche ir y venir de alguna gente. Resonaban los pasos y se oían claramente las voces de los trasnochadores. Isabelita sintió á doña Angustias salir de su casa, en compañía de unas vecinas que querían ver con ella el paso de la

cofradía de Triana por el puente que separa á Sevilla del populoso barrio.

—Al que lo ve una vez no se le olvida—se le oyó decir á la solterona.

—Por aquí, ¿verdá?—preguntó una voz desconocida.

—No, no: por aquí es más serca—respondió otra voz, que no era la de doña Angustias tampoco.

—¿Qué más da, si tenemos tiempo?

Y se alejaron sin dejar de hablar.

—Aun es temprano—pensó Isabel, acurrucándose. Poco después dormía.

Despertó sobresaltada á las tres horas. Había soñado mucho. “¿Qué hora será, Señor?” Corrió á la habitación contigua, en la cual estaba la ventana por donde ella pelaba la pava con su novio. Abrió las maderas, y vió que, aunque de noche aún, el día no debía de tardar. El sereno acertó oportunamente á aclarar sus dudas, cantando la hora. Eran las cuatro.

Aseguróse el mantoncillo sobre los hombros, se arregló el cabello con las manos, cogió la llave de la puerta, que sobre la cómoda estaba, y de puntillas para que nadie la sintiese, querien-

do hacerse ingrávida é invisible, salió al patio. Miró hacia el cielo, lleno de estrellas todavía. El gato de la casa, único ser que velaba con Isabel aquella noche, ¡quién sabe con qué fines! bajó las escaleras pausadamente bamboleando la barriguita y con la sorpresa pintada en sus ojos redondos. “¿Qué diablos era aquello?” Al reconocer á su amita, que tanto lo mimaba, lanzó un maullido débil, delicado y suave. Parecía decirle “No esperaba verla á estas horas, pero me alegro.” Isabel se llevó un dedo á los labios, como para imponerle silencio al minino.

—Cáyate, Roelas—le dijo en voz muy baja. Y esperó á ver si alguien más la sentía. Nada; ni un rumor... Abrió la cancela después, dejola entornada, y principió á descorrer con temor y cuidado el gran cerrojo de la puerta. En esta operación invirtió algún tiempo, porque el pícaro del cerrojo rechinaba como protestando de que tan á deshora lo descorriesen. La madrecita sentía en el rostro toda la sangre de sus venas. Le latían con fuerza las sienas, y el corazón parecía que se le iba á saltar del pecho. Por fin abrió la puerta y salió á la calle. Nadie pasaba en aquel momento. Cerró por fuera y echó á andar.

Roelas, aprovechando la turbación de su ama, se arrojó también al arroyo en busca de aventuras galantes. Más de una vez había desaparecido de casa dos ó tres días, y había vuelto luego con ojeras y con los bigotes cortados.

Acarició el rostro de Isabel, apenas puso el pie en la calle, un fresco húmedo y agradable que le despejó los sentidos. De pronto le asaltó una duda. "¿Había cerrado la cancela? Si la había cerrado, ¿cómo iba á entrar luego, Dios mío?," A punto estuvo de volver atrás; pero reflexionando que á nada malo había salido, siguió su camino adelante. ¿Adónde iba? Encaminó sus pasos por una calle tortuosa y larga. En dirección contraria á ella venían unos muchachos del barrio. El miedo á ser reconocida y descubierta la obligó á meterse por la primera bocacalle.

Desconocía los sitios á aquellas horas, y llevaba el alma afanosa y turbada. No era dueña de sí. Anduvo perdida largo rato. Al pasar junto á las tapias de un huerto, aspiró con delicia un fuerte olor de azahares.

—Ya sé dónde estoy—dijo.

Y apretó el paso.

Aunque nada quería ver ni oír, el espectáculo

de las calles se entraba por sus oídos y por sus ojos. En una taberna disputaban á gritos. Un hombre salió desafiando burlonamente á otros, que allá dentro reían. Se topó con Isabel y le escupió una frase grosera. Las risctadas de los de dentro escandalizaron la calle. Poco después se detuvo con unos chiquillos que decían:

—¡La Cruz está ahora en la Campanal

—¡Vámonos por aquí y la cogemos otra vez en er Duque!

A medida que se iba aproximando al centro de la ciudad, notaba en las calles mayor animación y bullicio. Algunos sevillanos corrían desalados, con gran prisa y urgencia, como no corren en ningún otro día del año, por ver una vez más la imagen que ya habían visto aquella misma noche en diferentes sitios. En todas las tabernas había luz y había gente. A lo mejor pasaba, también muy aprisa, un *nazareno* rezagado que iba á incorporarse á su hermandad, calado el capirote y al brazo la cola de la túnica.

Recatándose cuanto pudo, siempre temerosa de que alguien la reconociese y la censurase al verla sola, llegó Isabel á la plaza de San Lorenzo. Avanzaba el día. En el alto cielo, de un azul vio-



láceo, profundo y transparente, empezaban á desaparecer las estrellas más débiles. Hombres, mujeres y chiquillos, agrupados aquí y allá, sentados en los bancos de la plaza ó en el suelo, ó paseando en direcciones opuestas, esperaban al Señor del Gran Poder, que pronto debía volver á su Casa. Isabelita buscó donde sentarse, y encontró un ladito en un banco, junto á un viejo y unas mujeres. El viejo trabó conversación. Sesenta años hacía que no faltaba uno, tal noche como aquella, a ver la entrada del Señor. Un año estuvo malo, impedido, y lo llevaron sus hijos en una silla. Al año siguiente pudo volver él mismo por sus propios pasos. Isabel correspondió á esta confianza contándole al viejo algunas de sus cuittas más íntimas.

—¡Ya viene ahí! ¡Ya viene ahí! ¡Ya está ahí la Cruz!—gritaron de improviso los chiquillos, encaramándose unos en los pilares que hay á la puerta de la iglesia, y otros en los árboles y en las rejas de las ventanas.

Y allí estaba, efectivamente. Abriéronse las puertas del templo con ruido, y dos largas filas de *nazarenos*, tapados los rostros y apoyados en la cintura los cirios, cuyas luces temblaban al

beso del aire fresco del amanecer, seguían al que llevaba la Cruz, y fueron penetrando en el templo misteriosa y pausadamente, y como sepultándose en sus sombras. Y llegó el Señor del Gran Poder á su Casa, sobre ricas andas de talla, entre luces y flores, al hombro la pesada cruz, y volviéronlo de espaldas á ella para que diese cara al pueblo, y un hondo y sagrado silencio, mezcla de supersticioso temor y de unción religiosa, se extendió por la plaza toda. La madrecita, temblando de emoción y de fe, cayó de rodillas cerca de las andas de la imagen, fijos los anhelantes ojos en el dolorido rostro del Redentor.

Un campesino—á lo menos tal parecía aquel hombre—de tez cobriza y ojos claros, comenzó á cantar una saeta con voz aguda y limpia:

*Ya vienen las golondrinas  
con su pico muy sereno,  
pa quitarle las espinas  
á Jesús er Nasareno.*

No había concluido, cuando empezó á cantar otra una hermosa muchacha que se ocultaba entre varias amigas. Y después el campesino otra vez, y luego un chiquillo con los brazos en cruz, y en seguida otro que estaba en lo alto de una ven-

tana, y más tarde una mujer mostrando á su hijo. Resonaban las varias voces en el aire callado, solas, escuetas, disputándose llegar primero y más claramente á los oídos de Jesús.

Sintió Isabel un leve golpecito en un hombro. Volvió sobresaltada el semblante, y se halló con un ciego.

—¿Qué se le ofrese, hermano?—le interrogó con voz quedita.

—¿Me quiere usted poné frente ar Señor?—contestó el ciego.

—Venga usted conmigo.

Y el ciego aquel cantó con voz chillona, en que había muchas lágrimas:

*En la caye la Amargura  
Cristo á su madre encontró:  
no se pudieron habla  
de sentimiento y doló.*

Isabelita volvió á arrodillarse. Pedía sin cantar, las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos rebosando lágrimas, la boquita seca, las mejillas llenas de calor. De su frente á la de la imagen, de su corazón al del Nazareno, iban las palabras y los latidos por camino ideal, misterioso é ignoto. Ni escribiremos aquí aquellas palabras, ni

pretenderemos desentrañar el oculto sentido, la fe extraña y ardiente con que brotaban del alma candorosa y pura de la sevillana.

La madrecita pedía, pedía... Pero pedía ofreciendo.

Cuando retornaba á su casa, enrojecidos los ojos de llorar, fatigosa la respiración, vivo el paso porque ya era de día, le dijo un muchacho que en ella reparó:

—Niña, si yora usté por un novio, eso tiene arreglo. Lerena, 4, vivo.

Más adelante, en una plazuela, encontró borracho perdido á un *nazareno* de capirote verde que, rodeado de unos cuantos chiquillos, les gritaba:

—¡Viva la Virgen de la Esperansa!

—¡Vivaaaa!—repelía con estrépito su infantil auditorio, tirando por alto las gorras.

Y se trasladaban á otra esquina á gritar lo mismo.

Pasó Isabel por cerca de ellos, creyendo que no harían caso de su persona. y el borracho le arrojó el capirote á los pies, diciéndole á voces:

—¡Ole lo bonito! ¡Acostarse, niños, que ya ha salío er só! ¡No hay más Virgen de la Esperansa

que usted, ni más sielo que usted! ¡Ole! ¡Y si le preguntan á usted que quién lo ha dicho, responda usted que Manuer Venegas!

Toda la fuerza que Manuel Venegas puso en su expresión le faltó á sus piernas, y por poco mide la calle con su túnica de penitente.

Apresuró más el paso la niña, y entró, al fin, en su casa desconcertada y trémula. Ya en el patio, cuando se cercioró de que aun todos dormían, respiró con descanso y alivio. Penetró sigilosamente en su alcoba, le dió un beso á Rosita y se acostó junto á ella sin desnudarse.

Un rayo de sol, entrando por la ventana que dejó abierta, la despertó luego dándole en la cara.





## V

### LA PRUEBA

*Aqueya firmesa tanta,  
y aquel ponderao amor,  
y aquel no vivir sin verme  
¡qué pronto se te acaból...*

Después de más de dos meses de ausencia, llegó Fernando Alfaro, el simpático Alfarito, el mozo pinturero y galante, á la ventana donde lo esperaba su novia, llena el alma de inquietud y deseo de verlo.

Es terrible fatalidad que las escenas entre novia y novio, á través de una reja andaluza, las haya presenciado siempre en comedias, novelas y cuadros, una luna como una pandereta; porque el caso es que aquella noche había limpiado el cielo de estrellas la inevitable luna de estos lances, y no vamos nosotros, por huir de un deta-

lle, vulgar ya de puro repetido, á quitarla del firmamento de una sola plumada, traicionando así, no ya á la verdad misma, sino á nuestra escrupulosa conciencia. Sépase, pues, que era de noche, que la luna imperaba sola y arrogante en lo alto del limpio cielo, y que la belleza suave del rostro de Isabel parecía agradecer su luz melancólica.

—¡Isabeliyal—dijo Fernando extendiendo sus manos hacia las de la niña, que ya les salían al encuentro.

—¡Dichosos los ojos, Fernando! Creí que te quedabas por ayá.

—No soy yo tan tonto.

—¿Cómo me encuentras?

—Más bonita que te dejé.

—Ya; eso sí. Disen que me he quedao muy delgada.

—De no verme.

—¡Ay, qué orguyoso! Pos tú estás más gordito. De manera que el no vernos nos hase el efecto al revés.

—Te equivocas: yo me he puesto más grueso de ayí acá, porque sabía que iba á verte en yegando.

—Fino siempre lo has sido. ¿Y estás ya bien de carnes, ó te vas á marchá otra vez pa engordá otro poquito á la vuelta?

—Eso, tú me lo dirás; si te gusto así...

—A mí me gustas tú de toas maneras. Creo que me gustarías hasta vareando colchones. Y no hay na más feo.

Soltó la risa él, siguió la de ella, y las dos se unieron en el aire como antes se habían unido las manos. La dicha volvía. Estremeciase gustándola Isabel como paloma que abre al sol su plumaje. Y viéndola Fernando y comprendiéndolo, se sintió de veras orgulloso, y sintió ese imponderable bienestar que se experimenta cuando el cariño, la confianza recíproca, la ausencia total de recelos y el calor de las ilusiones funden en una sola las almas de dos enamorados. ¡Divina charla en que el pensamiento nada tiene que hacer porque el corazón no lo dejal

—¡Chiquiya, es que me vuelves loco! Te miro y me parece mentira que tenga yo la suerte de que me quieras tú. ¡Cuidao que eres presiosa! A mí tu padre no me la da; te ha robao de un cuadro. Como nadie podía temerlo de él, se quedó una noche en el Museo, y al verse solo dijo:

“Aquí que no peco.” Y se yevó la cara más bonita. Si yo me paresiera á San Juan, íbamos á salir en un paso por Semana Santa.

—Bueno, sí; ya sé que soy una pintura, ó que te lo parezco, que es iguá. Pero ¿tú me quieres tanto como te gusto?

—¡Que si te quiero! Tienes unas preguntas más simples que las del Catesismo. Pídemme que vaya á la Alameda de Hércules y le esté pegando de bofetás á uno de eyos hasta que me confiese que no hay cara como la tuya en España.

—¿Vuelta á mi cara, hombre?—Si ya hemos quedao en que es una perfesión.

—Pídemme...

—No, no; yo no te pido na. A mí me gusta que se me ofrezcan las cosas.

—¿Pos qué estoy haciendo más que ofreserte, fea?

Y sacando otra vez por entre los hierros las manitas blancas que buscaban las de su amigo, con una voz singular, temblorosa y velada, nueva aquella noche, le preguntó Isabel:

—¿Verdá que no me dejarás tú nunca?

—Nunca... —le respondió sorprendido el

La miró atentamente, y al observar su expresión dolorosa y que sus ojos se cuajaban de lágrimas, fijos en los de él, añadió:

—¿Qué tienes, nena? ¿A qué viene ese yanto? Pero, chiquilla, ¿qué te pasa?

—Me pasa... me pasa...

Rompió á llorar la madrecita.

—Vamos, estoy viendo que eso va á sé una tontería; algún chisme que te han contao. Yo te juro... ¡No yores, por Dios!

Isabel procuró serenarse. Alfaró la contemplaba perplejo. “¿Qué sería?” Y mientras ella se enjugaba los ojos con el pañuelo, él retenía maquinalmente entre las suyas la otra manita de Isabel.

Por la acera de enfrente, y á buen andar, pasó un muchacho.

—Buenas noches, Alfarito y la compañía— dijo al pasar.

—Buenas noches, Manolo—contestó Fernando volviendo la cara y soltando la mano de su novia.

—¿Quién es?—preguntó ella.

—Uno de este barrio. Déjalo seguir su camino y dime por qué yoras, que me tienes con curiosidá.

Se lo dijo todo. Lo había pensado mucho y debía decírselo todo en cuanto se vieran. Había esperado á hablarle, porque ella en las cartas, “en no siendo cosas del quererse”, ¡se explicaba tan mal!... “Además, lo escrito no se entiende nunca como lo que se oye. No se le ve la cara al que lo está disiendo.”

Pintóle la situación dura y aflictiva por que atravesaba su casa; la vejez inútil de su padre, cansado; el hambre que empezaban á sentir sus niños... *sus hijos*... Sus hijos decía.

Alfarito la escuchaba lleno de interés, prestando al relato más atención quizás de la que él quisiera. Mientras hablaba la muchacha, él exclamaba á cada paso:

— ¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios!... Pero ¿cómo había yo de figurarme?... Pero ¿por qué no me has escrito?... ¡Vaya por Dios! ¡Vaya por Dios!

Y después, cuando la atribulada niña se fijaba en el porvenir, en el día de mañana, refiriéndose á las tres criaturas que á su sola sombra y calor quedarían, el novio murmuraba:

— No, no te apures... tú no te apures. Ya pensaremos... ya veremos... Dios aprieta, pero no ahoga... Sobre todo, tú no te apures.



Lo que no salía de sus labios era lo que esperaba la madrecita, lo que le pidió al Señor del Gran Poder en aquella madrugada del Viernes Santo: el arranque gallardo y generoso; el abnegado ofrecimiento de sí mismo, de todo lo suyo, de su corazón, de su vida, de su fuerza y de su juventud; la confirmación heroica de tantas palabras de amor, deslizadas tantas veces en sus oídos; lo que ella creía que era su tesoro en el mundo, porque estaba segura de tener un tesoro igual para él.

Fernando sacó de su petaca un cigarrillo, y encontrándose sin fósforos para encenderlo, se acercó al sereno que por allí cerca discurría, y tomó lumbre en la del farol. Después volvió á la reja.

—Oye, Isabel.

—¿Qué quieres?

—¿Y no habéis vuelto nunca á sabé nada del padre de esos niños?

Isabel se hizo repetir la pregunta y luego contestó:

—Ni hemos vuelto á sabé palabra, ni queremos tampoco.

—¿Por qué?

—¡Mentira parece que me hagas tú á mí esa pregunta! ¿Nos conosemos de ayé por la mañana, Fernando? Ya sabes tú que yo no le deseo mal á nadie; pero, mira, ¡ojalá se haya muerto! Y Dios me perdone.

—Es que es muy cómodo...—apuntó Fernando sin determinarse á seguir.

—¿Qué es lo que te parece tan cómodo?—insistió ella.

—Eso de créa una familia y luego dá media vuelta y largarse, porque haya quien la cuide ó quien la recoja.

Como si una mano de hierro le hubiese oprimido el corazón y arrancado las raíces de la vida, así escuchó Isabel aquellas palabras reveladoras. El desencanto, como nube negra, ensombreció momentáneamente su espíritu. Sintió congoja, sintió un supremo malestar, sintió herida su innata delicadeza, y se arrepintió de haber hablado. Fernando intentó darle vueltas á la misma idea, suavizarla con nuevas formas, quitarle gravedad y aspereza á la insinuación; pero ella le salió al encuentro resueltamente:

—Mira, Fernando, vamos á cambiá de conversación. Si ese mal hombre que hizo la desgrasia

de mi hermana apareciera por aquí y quisiera yevase á mis niños, como no fuera por la fuerza ó porque viniera la justisia con é, no se los yevaba.

—Pero, ¿no son suyos?

—No, que son míos—replicó secamente la muchacha.

Fernando pretendió echarlo á broma para no agravar la situación.

—Pero chiquiya, ¿eso es sé más papista que el Papa! Bueno está que los quieras bien, que al fin y al cabo sangre de tu casta yevan en las venas; ¡pero si parese su padre!... ¿Vamos á poné una escuela tú y yo? ¡Porque se conose que tú no cuentas con los nuestros!...

—Mientras á ti no se te pida nada para los otros...—contestó, dolida, Isabel.

La réplica hirió al galán en lo más vivo. No pudo contenerse, y saltó de mala manera:

—Mira, Isabel, yo no tengo relaciones con tus sobrinos, sino contigo nada más. A mí tú, ¿lo oyes bien? tú, tú me pides lo que quieras; pero sólo tú y para ti. ¿De cuándo acá...?

—Concluye.

—No; ¿para qué? Vamos á reñí.

—Por eso te dije yo antes que cambiáramos de conversación.

—Pos cambiemos. Por mí que no quede.

—Ya es un poco tarde. Vale más que nos despedamos hasta mañana.

—Como quieras tú.

—Sí, sí; hasta mañana.

—¿Por la tarde, ó por la noche?

—Cuando más te convenga.

—¿Y si me conviene las dos veces?

—Las dos veces.

—¿Pero te quedas enfadá conmigo?

—No... ¿Por qué, tonto? Si yo me hago cargo; ¿tú qué tienes que vé con esas criaturas?

—Hasta mañana entonses. Es que no sabes lo que me disgustaría...

—Que no, hombre, que no; duerme tranquilo. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Hundióse ella en las sombras de la habitación y echó él á andar por la calle arriba. A los pocos pasos se detuvo. "¿La habría molestado? ¿Habría estado demasiado duro tal vez? No, no; ciertas cosas era preciso cortarlas de raíz si no se quería que retoñasen luego." No obstante es-

tas razones, la inquietud le alteraba el alma. Anduvo sin querer andar unos cuantos pasos y se detuvo nuevamente. Y pensando que una vuelta á la ventana en tal punto sería tal vez hábil y oportuna, y que con cuatro palabras tiernas y un par de piropos desarrugaría la niña el entrecejo y dormiría mejor, tornó de nuevo á ella.

—¿Isabel? ¿Isabel?—dijo en voz muy queda, escudriñando con los ojos la alcoba. Y como nadie le respondiese, repitió lo mismo en alta voz.

Entonces escuchó un sollozo.

Torció el mocito el gesto y emprendió decididamente el camino á su casa. Ella y él apenas durmieron aquella noche.





## VI

### LA FUERZA DE LA SANGRE

*Las estrejitas der sielo  
y las arenas del mar,  
se paresen á mis penas  
en lo largas de contar.*

¡Ay, Dios de Dios! ¿Qué podrá llevar ya la sorpresa á nuestro conturbado espíritu? ¿Qué nueva nos revelarán los humanos que á nosotros se nos antoje absurda é increíble? ¿Cuál será la torre, cuál el castillo firme en sus cimientos? ¿Cuál la roca que no deformen ó destruyan las borrascas del mar?

¿Pues no hemos visto que Isabel y Fernando, sin morir, acabaron un día sus amores?

Vino el fuego, y abrasó la mies en los campos; creció el río, y encharcó los prados y los valles; cayó el pedrisco, y tronchó y deshojó las flores

de los huertos; asomó la vida, bárbara y egoísta, y malhirió al amor...

Así es la verdad, y el narrador no tiene otro deber que el de escribirla. La madrecita dulce y su apuesto galán se despidieron una noche y no se dijeron "hasta mañana".

Entrevistas análogas á la que conocemos ya, se sucedieron agravándose, y en pocos días, ella desencantada y él mohino, aquellas dos almas que parecían inseparables se fueron distanciando, distanciando...

Corriase por el barrio, con algunos visos de verdad, que los padres del mozo celebraron y aun estimularon aquella ruptura, porque nunca habían visto con buenos ojos que el tesoro que en forma de varón les deparó la suerte loca, uniese su vida á la de una muchacha tan poquita cosa como Isabelita Jiménez.

—Es muy mona y muy modosita—decían—. ¡Pero de ella á lo que se merese nuestro Fernando!...

Faltábale tiempo á la madrecita para llorar su pena amorosa. Reclamaban toda su atención imperiosamente sus niños y su padre, y era fuerza relegar á último término al amante ingrato, por

más que su recuerdo pugnara á todas horas por enseñorearse de su mente.

Don Antonio hallábase cada día más desquiciado y más inútil. No se podía contar con él para nada práctico. Un compañero del Museo le terminó dos copias, comenzadas por él tiempo hacía, y don Antonio se las malvendió á unos labradores de un pueblo. Este fué el último pedazo de pan que llevó á su casa. Después se dió el pobre hombre á discurrir tan extraños proyectos de salvación, tan desatinadas quimeras, negocios tan inverosímiles, que la niña temió que, con la falta de vista y de pulso para pintar, anduviera en camino de perder también el juicio.

Ella, por su parte, no daba paz á su cabecita. Se acordó de unos parientes cercanos de su papá, no mal acomodados, que vivían en Córdoba y que siempre habían mostrado hacia ella predilección y simpatía, y les escribió contándoles su cuita presente y demandando consejos y recursos. Los parientes no contestaron. "Estarían en el campo, sin duda." Volvió á escribirles á los pocos días, y entonces recibió de ellos una carta con un billetito de cinco duros. "Tú no sabes lo que sentimos tu desgracia. Ahí va eso para que

les compres á los niños lo que necesiten. Está todo muy malo. No llueve. Paciencia y confianza en Dios."

Otro pariente de su madre, juez en un pueblecillo de la costa de Málaga, á quien también se dirigió Isabelita como á los anteriores, fué algo más generoso y más explicito.

"Yo no tengo una peseta, hija mía; pero ni una peseta. No tengo más que muchas ganas de emprenderla á tiros con alguien, sin excepción de mi mujer, y doce hijos que, desgraciadamente, todos se parecen á mí. Dinero, pues, no me pidas; pero como sé lo que es el hambre y lo que es la miseria, y te quiero sin conocerte, y me da lástima que á tus pocos años te veas convertida en madre de familia sin haberlo comido ni bebido, ¡qué demonio! me haré cuenta de que mi mujer ha salido una vez más por peteneras: mándame á uno de los *chavales*, y aquí se criará con los míos, y aquí lo enseñaremos, ya que no á otra cosa, á pescar boquerones y á tirar la atarraya."

La carta, que venía toda en este tono, á la madrecita la hizo á la vez llorar y reír. Siempre le había oído decir á su madre que el tío Jerónimo

era un tipo de gracia, y en el fondo bueno como el pan. Al final de la carta decía:

“¿Por qué no visitas á *doña María P...*, la hermana de tu madre? Esa es rica, gracias al ladrón de su marido—¡mal tiro le deul—y tiene el deber de socorrerte.”

El apellido que le puso el tío Jerónimo á *doña María* no era, naturalmente, el suyo, ni se puede escribir aquí. El diccionario lo califica de palabra deshonesto y torpe.

*Doña María Rastrojo*, que así se llamaba en realidad, era efectivamente tía carnal de Isabel, y vivía en Sevilla en la calle de Santa Clara; pero no se trataban. Había hecho buena boda, se había empingorotado mucho, y ella, que siempre se mantuvo á distancia de toda su familia, rompió abiertamente con Isabelita y los suyos cuando Remedios se casó con el novillerillo.

—Para mí esa familia ha muerto—exclamaba con acento de dignidad, llenándose la boca.

Y ocurría que todo pariente de ella ó de su marido, que se quedara en este mundo sin más capital que el día y la noche, *había muerto* para los dos.

Don Antonio, cuyo genio era pacífico por lo

general, nunca pudo oír hablar con paciencia de aquellos redomados egoístas. Desbordábasele la cólera del pecho, y los ponía de vuelta y media. Decía él, y tenía razón, que en ninguno de los apuros de su larga vida habían acudido á ofrecerle, no ya socorro, pero ni siquiera el consuelo de un buen afecto. Y contaba el triste, abierta ya la espita al desahogo y sin pararse en barras, que una finca que tenía su mujer en el término de Puerto Real, y que en derecho le pertenecía, se la habían arrebatado á él y á sus hijos mediante chanchullos y componendas curialescos. Empezaba y no sabía concluir; pero cuando acababa, decía:

—Antes me dejo cortar esta mano que me da de comer, que pedirle á esa gente ni la salvación de mi alma.

Isabel conocía de sobra este odio de su padre, que disculpaba y compartía; pero la indicación del tío Jerónimo le hizo pensar... “¡Quién sabel... ¡Hace ya tanto tiempol... Además, son viejos; no tienen hijos... Puede que los coja en una buena hora. Por mí no ha de quedar.” Y pidiéndole á la afectuosa doña Angustias un mantón decentito, para no ir como una mendiga, sin decirle á su



padre lo que iba á hacer, llamó una mañana á la cancela de su tía la rica.

Cuando el matrimonio, que almorzaba tranquila y santamente, se enteró de quién había llegado á su puerta, quedóse cuajado, como vulgarmente se dice. Doña María, una vieja que parecía una escoba, con peluquín y gafas, alzó la cabeza y miró, llena de estupefacción, á su marido. Este, don José, que, fuerza es declararlo, almorzaba en mangas de camisa y era un señor de cabeza redonda, color encendido y pelado al rape, correspondió con otra mirada de asombro á la de su respetable consorte. El caso no era para menos. En el ritmo de la vida ordinaria, regular, monótona, acompasada, surge de improviso lo inesperado, lo anormal, lo estupendo, y trastorna y aturde.

—¿Qué hacemos?—se preguntaron aquellos cuatro ojos, más abiertos que nunca.

Y otra persona que había sentada á la mesa, almorzando también, ordenó á la criada con voz grave, respondiendo á aquella mirada de perplejidad:

—Dígale usted á esa joven que suba.

—¿Que suba?—preguntó la dama.

—¿Que suba?—repitió don José.

—Que suba, sí; que suba—insistió con firmeza la persona que había dado la orden.

Y la criada, desde un balcón de los corredores, le dijo á la niña, que aguardaba intranquila en el patio:

—Suba usted, que están armorsando.

Era aquella persona que mandó subir á Isabelita un hermano de leche de don José, llamado don Rufino. Vivía con el matrimonio en grande intimidad, y era muy estimado de ellos por sus buenas prendas personales, si bien en la soledad de la alcoba doña María y su compañero comentaban, entre elogios poco sentidos y débiles censuras cariñosas, aquella hidalguía caballeresca, aquel desprendimiento sin traba, aquella generosidad, siempre en ejercicio, que hacían de don Rufino, para ellos, como un personaje legendario. Doña María solía decir de él, retratándolo con una frase:

—Es un santo varón: comulga y confiesa todos los días; pero tiene un agujero en la mano.

Don Rufino era largo y huesudo.

Entró la muchachita en el comedor, blanca como la cera y temblando de cabeza á pies. Con

su actitud encogida parecía demandar perdón. Sus negros ojos brillaban en la palidez del semblante.

—Buenos días tengan ustedes. ¿Cómo están ustedes?

—Bien, ¿y tú?—contestó la vieja.

—Ya usted me ve.

Hubo un silencio largo y embarazoso. Ninguna de las tres personas sentadas á la mesa miraba á Isabelita. La criada que servía el almuerzo sí la examinaba con descaro.

—Siéntate—dijo don Rufino.

Y se sentó la niña en una silla, sin moverla de donde estaba.

—Con permiso.

—¿No tomas queso, Pepe?—preguntó la señora.

—Ya he tomado fruta—replicó don José. Y encarándose con su sobrina, dijo:—¿Qué te trae por aquí? Sepamos.

Contó Isabel con sencillez y humildad la historia triste de su casa. Don José y doña María la escuchaban callados, moviendo alternativamente la cabeza y consultándose y comentándola con los ojos. A los labios de él asomaba una sonrisa

impertinente, que turbó más de lo que estaba á la niña. Habíase pasado la noche entera preparando su discursito, para ver si les llegaba al corazón; pero, al encontrarse frente á frente de aquellas caras, perdió toda serenidad, olvidó lo pensado y habló con zozobra, desordenadamente, llorando casi... Acabó de hablar y hubo otro silencio.

—Pero, vamos á ver—saltó la vieja, de repente—. ¿Tu padre no está para nada? Porque si no se puede pintar, se puede trabajar en otra cosa.

—Ya lo ha intentado él, aunque inútilmente. Está muy viejo; si lo viera usted no lo conosería. El pobresito mío no es su sombra.

Entonces don José intervino en la conversación para retratarse de una pincelada:

—Oye—le dijo á Isabel con socarronería—, pues ese mantón que traes tú no es de pedir limosna.

Isabel se puso encarnada hasta la frente, y sin voz apenas contestó:

—Este mantón no es mío: es de una vesina.

—¡Yal—replicó don José con inflexión de duda, gozándose en la turbación de la pobre muchacha.

Tentada estuvo ella de levantarse en aquel punto y, diciendo "ustedes perdonen", salir de estampía y plantarse en la calle. Pero había ido á pedir, á suplicar, y se contuvo, apurando su cáliz.

Don Rufino... ¡Oh! Don Rufino pasaba por un especial estado de alma. No bien comenzó Isabelita su triste relato, los dedos índice y pulgar de la mano derecha de nuestro hombre penetraron como tenazas en el bolsillo correspondiente del chaleco, y allí toparon con un duro. ¡Un duro! Don Rufino se estremeció, porque se conocía. Cuando advirtió que algunas lágrimas asomaban á los ojos de la muchacha y otras caían por su garganta, nublándole la voz, pensó en un rapto de generosidad:

—Se lo doy.

Después lo meditó mejor y soltó la moneda. A poco sacó los dedos del bolsillo y se atusó el bigote. "La verdad era que con cinco pesetas nada iba á remediar."

—¡Ay, ay!—exclamaba la vieja increpando á quien menos debía—. ¡Ahora me daréis la razón! Pero nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena. Tu padre ha sido un manirroto toda la vida, y tu madre, que en gloria esté, no le iba

á la zaga. De tu hermanita no quiero hablar, porque me va á hacer daño el almuerzo. Así os veis, así os veis.

Y don José, redondeando la idea de su señora, añadió:

—Quien siembra vientos recoge tempestades.

Don Rufino parecia abstraído. Y en rigor lo estaba. Tenía él cosa más seria en qué pensar que aquellos tiquismiquis de familia. Entre su conciencia y su duro se reñía una feroz batalla. Habían vuelto los dedos á entrar en el bolsillo del chaleco, y á palpar la moneda, y habían vuelto á salir como entraron. Y así varias veces. Ya iba él poniéndose un poco nervioso. Por fin tuvo una inspiración, y considerando que toda cantidad es divisible, dió con una fórmula que aquietó su alterado espíritu. Pensó:

—Le daré tres pesetas.

Mas cuando la madrecita hablaba con amor y ternura de la suerte que en esta vida habian de correr los que ella nombraba sus hijos, sin amparo de nadie, comprendió don Rufino cuán frágiles y quebradizas son ciertas inspiraciones momentáneas, puesto que acudió á su pensamiento esta otra idea:



—Le debo dar el duro.

Un cuarto de hora más se prolongó la angustiosa visita. Ruborosa, llena de indignación, bebiendo sus lágrimas, oyó la niña cuanto aquellas almas frías y ruines quisieron decirle. Al cabo se levantó resuelta.

—¿Qué es eso? ¿Te vas ya?

—Si. Ustedes dispensen si los he molestado. Creía yo que en un caso así debía haber venido á su casa. Por eso he venido... Que ustedes sigan bien...

Y salió.

—¡Tan Quijote como su padre!—gruñó don José en cuanto volvió la espalda la mocita.

—¡Jesús, Jesús y Jesús!—exclamó la dama llevándose las manos á la cabeza.

Don Rufino, preocupado y nervioso, se levantó de un salto y se despidió secamente:

—Hasta luego.

—¿Vendrás á comer?

—Es posible. Hasta luego.

Marido y mujer se miraron. Uno de los dos dijo:

—Hay que conocerlo: ese va á hacer una locura.

Y en efecto, don Rufino cogió su sombrero, bajó las escaleras á grandes zancadas y se echó á la calle. Miró á un lado y á otro: ya había desaparecido la madrecita. Hizo un gesto de gran contrariedad. Vaciló unos instantes; pero, ¡qué diablo! no era cosa de ponerse á buscarla como un podenco, olfateando el rastro. Bien sabía Dios con qué intención bajó él las escaleras tan aprisa. Siguió su camino, y al pasar por junto á una iglesia le asaltó de improviso tan gran remordimiento, le acusó tan duramente su conciencia, que no pudo más. Entró en el templo y dejó el duro en el cepillo de las ánimas.

Un monaguillo que lo vió, gran conocedor del mundo y de los hombres, asombrado de la limosna, pensó mientras apagaba las velas de un altar:

—¿Será falso?

## VII

### EL AMOR SE DEFIENDE

*Ilusiones nos hacemos  
de separarnos tú y yo,  
y hay un hilito invisible  
que nos amarra á los dos.*

Es la casualidad una gran amiga del amor. Y decimos esto, no por prurito sentencioso—Dios nos libre—, sino porque vamos á narrar ahora tres lances fortuitos, que vinieron oportunamente á enderezar el torcido curso de las aguas, las cuales corrían turbulentas entre áspera maleza.

Una mañanita de Mayo, fresca y agradable, hallábase Fernando Alfaro á la puerta de una taberna famosa, muy cómodamente sentado y paladeando un *chatito* de manzanilla de la casa. Acertó á pasar por allí, vagando distraído, un hombre viejo y pequeñín, que por ser muy corto

de vista lo miró con alguna insistencia, como queriendo reconocerlo. Advirtiéndolo el mocito y se levantó resueltamente á darle la mano.

—¡Don Antonio!

—¡Fernandito! ¡Digo! Ya desía yo: á mí me es conocida esta cara. Pero estoy perdido de la vista.

—¿Adónde se va por ahí?

Don Antonio se encogió de hombros. ¿Sabía él siquiera á dónde iba?

—¿Va usted á tomarse una copa conmigo?

—Si no bebo, hijo de mi alma.

—Un día es un día. Siéntese usted.

Y tocó las palmas y ambos se sentaron frente á frente.

—Sea como tú quieras. ¡Je, je! A mis años, me vas á pervertir. ¡Je, je!

De la taberna salió al sentir las palmadas un chiquillo, pelado al rape y con dos orejas como dos asas, el cual, con suma diligencia y desenvoltura, les sirvió lo que le pidieron.

Ponía empeño Fernando en demostrarle afecto al viejo, y éste, á su vez, aceptó la copa y el pali-que, porque no se creyera el mozo que le concedía demasiada importancia á la terminación del

noviazgo con Isabel. Don Antonio ignoraba la verdadera causa de la ruptura entre los amantes, y creía de buena fe que aquello se acabó como tantas relaciones amorosas acaban en el mundo: por celos, desdenes ó desavenencias más ó menos pueriles.

—¿Y ahora qué hase usted, don Antonio?—le preguntó Fernando, sin saber la tecla que tocaba—. Me han dicho que ya no va usted al Museo.

—No, al Museo no; ya no voy. ¿Para qué? Me es imposible trabajar. Pero no creas tú que encojo el hombro. Me dedico á otras cosas, ¿sabes?

Y con su mano temblorosa y flaca se revolvía, más de lo que estaban aún, las descuidadas barbas.

Observó Alfarito con pena el raído pelaje de su amigo, é iba á dirigirle otra pregunta, cuando el viejo pintor, con expresión extraña, le interrogó, poniéndole una mano en un hombro:

—¿Tú conoses al arzobispo?

—¿Al arzobispo? De vista nada más. Pero tengo quien lo conozca. ¿Por qué?

—Porque ando aquí á vueltas con una idea, que si cuajara y me ayudasen á yeverla á cabo, me ibas á ver arrastrando coche.

—¿De veras, don Antonio?

—Como lo oyes, Fernando. Te la diré, pero con toda reserva, ¿estás? porque si no, luego estas cosas corren y las aprovechan los tunantes, y uno se queda nada más con la gloria, que no le da jugo al puchero.

Escuchábale Fernando lleno de compasivo interés. Hubiera él deseado que el proyecto del viejo fuese cosa hacedera y fácil, para prestarle ayuda si podía. Y eso que la pregunta á propósito del arzobispo no le dió la mejor espina sobre el particular.

Don Antonio continuó:

—Tú sabes, Fernandiyo, que aquí, en casi todas las iglesias, desde la catedral á Santa Paula, y desde San Gil á la Caridá, hay una enorme riqueza en cuadros antiguos; verdaderas joyas de los maestros sevitanos.—Y al decir esto se descubrió respetuosamente—. Pero cádate que vienen los extranjeros á admirarlos, y tienen que andar como asacanes de la Seca á la Meca, de un barrio para otro, en busca de un Muriyo ó de un Valdés Leal, ¿tú me comprendes? Y digo yo: ¿no sería un gran negocio sacar de las iglesias todos esos cuadros y reunirlos en una exposición, á duro la entrada, por ejemplo, donde con buena



luz y toda comodidá pudieran ser vistos por el mundo entero? ¿Eh? ¿Qué tal?

Hablaba el pobre viejo con entusiasmo y calor, como quien expone una idea luminosa, con la cual se halla encariñado. Vacilaba Fernando al oírlo entre la compasión y la risa, pero venció la compasión. Vió claramente que era aquello un *ramo de locura*—como dice un cantar del pueblo—, y no se atrevió á objetarle nada.

—¿Qué te parece? ¡Te has quedado con la boca abierta!

—Algunos inconvenientes encontrará usted; pero...

—¿Verdá que es buena idea?

—Sí, sí; no es mala.

—Pues por Dios te pido que no se la cuentes á nadie.

—Descuide usted.

Enardecido el viejo por la favorable acogida que el muchacho había dado á su pensamiento, pegó la hebra y le expuso con creciente entusiasmo otros planes más disparatados aún. Alfarito creyó que lo más cristiano era despedirlo.

—Don Antonio, por mí no se detenga más tiempo; no vaya á sé tarde para usted.

—Es verdá, muchacho; rasón tienes. Me estará esperando aqueya tropa. Tú, como ya no vas por ayí...

Entonces Fernando no pudo menos de preguntarle:

—¿Está buena Isabel?

—Demasiado buena está la pobresita.

Dijo, y echó á andar. Alfaro lo miró alejarse hablando solo. Después se volvió á sentar, pensativo.

—Demasiado buena está la pobresita—repitió mentalmente. Y la frase le zumbó en la cabeza largo rato.

La verdad era que el muchacho no se hallaba contento de sí. Hubo en su riña con Isabel algo de fuga y cobardía, que, pasado el primer engaño del egoísmo, pudo ver con luz clara. Enojábale su poco airosa situación, y si mucho le dolía, de una parte, el renunciar á aquel cariño que en su vida había echado raíces, no menos le escocía y le mortificaba, de otra, el imaginar cómo le juzgaría Isabel.

—No la quiero, no la he querido nunca—se decía á sus solas. Pero añadía luego—: Pues si no la quiero, ¿por qué no pienso más que en eya?

Con sus padres y con sus amigos no deseaba sino hablar del caso á todas horas; pero siempre fingiendo cierta indiferencia y frialdad, y procurando muy hábilmente que la conversaci3n partiese de cualquiera menos de 3l.

Un antiguo amigo, casado á los veinte años, y con seis hijos vivos y cuatro muertos, le hab3a dicho más de una vez:

—No seas bárbaro y no te ahorques. Casarse, ya está mal; pero casarse para cargar con tres niños de otro... ¡vamos, hombre! Vale más que te echés á la vía y que te coja el tren.

Ello es, en fin, que el alma de Fernando Alfaro sent3ase pesarosa é inquieta.

Una tarde, algunos días después del palique con don Antonio, al doblar el mocito una calleja de las de su barrio, vió una muchacha que en direcci3n contraria ven3a. ¡Dios del cielo! ¡Era ella! Se reconocieron de lejos. La muchacha vaciló un instante; pero como en todo caso no era ella quien deb3a cambiar de camino, siguió el que llevaba. Detúvose 3l pálido y agitado, y esperó á que pasase. Iba la niña con la vista fija en el suelo, temblándole el color en la cara, inseguro el paso. Al cruzarse con el galán no

pudo mandar en sus ojos y lo miró sin verlo.

—Adiós, Isabel—fué á decirle Fernando. Pero le faltó la voz y no se lo dijo.

La mocita avivó su andar y desapareció prontamente. Él hizo intención de seguirla. Dió dos pasos y se paró otra vez. ¿Qué era lo que intentaba? Sacó el reloj y no miró la hora; relió un cigarrillo y lo tiró sin encenderlo; volvió á andar en la dirección que llevaba la niña; volvió á detenerse; tropezó, se le cayó el sombrero, y entonces oyó las risas frescas de unas muchachas que desde una azoteilla próxima habían visto la escena.

¿Estamos contentitas, eh?—exclamó Alfaro levantando la cabeza con mal humor.

—Más que usted, por lo menos, que parese que va á suisidarse—replicó una de ellas.

Siguió andando sin rumbo. Vagó por las calles apesadumbrado y sombrío. Era cerca del anocheecer. Tropezó con un farolero.

—¿Va usted siego, amigo?

—¿Y usted, cómo va?—contestó el farolero, rematando con una enérgica interjección.

Al cruzar por una plazoleta oyó risas y voces infantiles:

*Yo me quería casá  
con un mosito barbero...*

Recordó análogas escenas, acompañadas en su memoria del recuerdo de horas felices. De uno de los bancos de la plaza levantóse de pronto una figura que fué hacia él. Como la luz era ya escasa, tardó en reconocerla.

—¡Doña Angustias!

—Yo mismita, hijo mío. El que usté no sea ya vesino de mi caye, no es rasón pa que no me salute. Ha pasao usté por mi laíto sin desirme na.

—Porque no la había visto; se lo juro.

—¡Cualquiera se fía de los juramentos de ustél  
Sintió la pulla, y dijo para su capote:

—Esta flor le faltaba al ramo—. Y luego, en voz alta—: Bueno, y ¿qué hay? ¿Qué hay?

—Eso, usté, que anda solterito y que se divierte.

¿Para qué hablar de cosas frívolas, del tiempo, del verano, que ya se acercaba; de las pasadas fiestas, de nada, en fin, si allí no había más que un tema de que tratar? Doña Angustias lo afrontó sin rebozo:

—¿Hase mucho tiempo que no ve usté á Isabelita? Mentira parese, ¡pero está más guapal

—Hase un siglo que no la veo—contestó él tímidamente.

—Pos de ocuparme de eya vengo yo.

—¿Si?

—Sí. Como mi hermano tiene fábrica de mantones y la pobresita se ha desidido á trabajá...

—¿A trabajá?

—¡Claro! ¿Qué va á hasé la inosente con esa carga de familia y sin más amparo que el que le quiera vení del sielo? ¿O se ha creído usté quisá que eya tiene un cajón de donde sacá el dinero, como usté en su tienda?

Fernando ya no oía nada de esto. Se le agolpó la sangre en el rostro y sintió un malestar y una angustia invencibles. La mujer que él había querido iba á trabajar, mientras él paseaba su ociosidad presuntuosa por Sevilla. Le dió maquinalmente la mano á doña Angustias y le volvió la espalda, dejándola con la palabra en la boca. La señora no halló mortificación para sí en aquel despego aparente. Al contrario, sonrió viéndolo marcharse, y luego murmuró:

—Más *dañao* está de lo que él se figura.

Fué para Alfaro aquello una sugestiva revelación. Ni su amor propio herido, ni las inquietu-



des que la ausencia de la persona querida trae consigo siempre, ni el trajín con que torturaba su imaginación buscando en vano disculpa airosa á su conducta, le habían permitido fijarse ni ver claro en la de su novia.

Aquella tarde, sí. La idea del trabajo de la madrecita, trabajo de sacrificio, trabajo de abnegación indecible, le sacudió el espíritu, avergonzándolo primero é irritándolo después contra sí. Y evocaba en su memoria, recreándose en ella con remordimiento, la tierna figura de la niña, callada y humilde, generosa y valiente, que arrosaba con serenidad una vida en que habían de morir primero todas sus ilusiones amorosas, y en que habían luego de consumirse estérilmente su belleza y su juventud. Y pensaba que todo ello, con ser tanto, lo aceptaba la muchachita con íntimo gozo, con delectación incomprensible para él, sin una protesta, sin un grito de rebeldía contra su triste suerte, sin más premio que la honda y pura satisfacción de su alma buena.

—¡Cuánto vale!—murmuró Fernando, secándose disimuladamente los ojos. Y añadió después, casi en voz alta:—Sobre todo, si se la compara conmigo.



## VIII

### FINAL

*El día que tú nasiste  
cayó un cachito del sielo,  
y hasta que tú no te mueras  
no se tapa el agujero.*

Acabemos. Ya cansa la pluma en la mano, como cansados estarán los ojos del lector que haya tenido paciencia para seguirmos hasta aquí.

Una noche de Junio, en que soplaba perezosamente un aire templado y suave como aliento de nido, dormía la madrecita á la pequeñuela cantándole la nana:

*Esta niña chiquita  
no tiene madre:  
la parió una gitana;  
la echó á la caye.*

Llegaba hasta ella, por la abierta ventana de

la habitación contigua á su alcoba, el penetrante aroma de una magnolia que en un jarro de agua había puesto la vecina al balcón. Isabel lo aspiraba con delicia, entornando los ojos. ¿De qué le hablaban aquellos olores? Y volvía á cantar:

*A dormir va la rosa  
de los rosales;  
á dormir va mi niña,  
porque ya es tarde.*

En el silencio de la noche resonaron en la calle unos pasos vivos, fuertes, inconfundibles, que suspendieron la canción en su garganta. Abrió los ojos, y toda el alma puesta en los oídos escuchó. Se acercaron los pasos, y alguien se detuvo en la ventana. La madrecita sintió un frío intenso, y de su cuerpo se apoderó un temblor nuevo para ella. Llevóse una mano al corazón, que parecía un loco luchando por escapar de la jaula. Sentía sus latidos con la misma fuerza que antes había sentido aquellos pasos; dijérase que eran los unos el eco lejano de los otros. Se levantó de junto á la camita de la niña; y segura de no ser vista, desde las sombras en que se hallaba miró á la reja, tantas veces testigo de su ventura. Estaba allí.

—Isabel... Isabel...—articuló una voz arrepentida.

La figura de la niña apareció de improviso tras la reja, y se la vió cubrirse el rostro con las manitas y llorar. Hablar no pudo.

Fernando habría querido arrancar los hierros de la ventana y estrechar á la madrecita entre sus brazos.

La madrecita dijo al fin:

—¿Querrás creé que te esperaba?

—¿Me esperabas?

—Sí.

—¿Me perdonas?

—Sí.

—¿Me quieres?

—¿No te he dicho que te perdono?

Y entre quejas de amor, y protestas de arrepentimiento, y palabras de dicha, y juramentos de firmeza, y llanto de alegría, y fuego de pasión exaltada, charlaron, charlaron...

Cantó el ruiseñor, cantó la alondra, y la primera luz del alba sorprendió en la reja á los enamorados dándose un beso que había de unir sus vidas para siempre.





II

VIDA NUEVA



La señora Manolita, vecina insigne de un pueblo andaluz, había muerto de ochenta y siete años, única edad medio aceptable para morirse. Fué muy llorada, no sólo porque desaparecía de entre los vivos, sino porque á su paso por este bajo mundo supo dejar quien llorase su muerte: esposo—el señor Rafael, carpintero de oficio, por mal nombre *Cuña*—; hijos, presentes unos y ausentes otros; nietos, biznietos... y una caterva innumerable de sobrinos, primos, nueras, yernos y demás plaga de la familia.

Tal se la quería en todo el pueblo, donde también dejó huella imborrable de su existencia, merced á dos famosas recetas de su invención, una para curar los sabañones y otra para amasar pestiños; tal se la quería, que aun después del novenario del fallecimiento, el señor Rafael, el afligido *Cuña*, y sus hijos, continuaban recibiendo pruebas inequívocas del afecto de sus amigos y parientes, muchos de los cuales iban casi todas

las noches á su casa á darles compañía. Aseguraba la malicia que á lo que iban era á catar un soberbio aguardiente de guindas que tiraba de espaldas; pero, ¿de qué no se ha de sacar partido y se ha de hablar mal en esta tierra de pecadores? Y cuenta que cuando se acabó el aguardiente, *Cuña* se quedó sólo con el casco. Lo cual, sin embargo, no autoriza á creer á los murmuradores, sino á señalar, lamentándola, la pícara casualidad.

Ya se sabe lo que son estas veladas: de todo se habla en ellas menos del difunto, porque si el objeto es aliviar la pena de los que lo lloran, es absolutamente indiscreto ponerse á recordar sus virtudes y buenas prendas. Así, pues, en casa del gran *Cuña* se hablaba de todos los vecinos del pueblo que no estaban allí—á excepción de la muerta, que tampoco estaba y nadie se acordaba de ella—; se jugaba á la brisca y al tute, se empinaba el codo un poquillo, y á última hora se contaban cuentos y chascarrillos verdes, para lo que el propio señor Rafael tenía la mejor gracia del mundo.

Sólo en una habitación de la casa rendíase á la señora Manolita callado y silencioso culto. En

torno á un braserillo casi apagado, y á la media luz de un quinqué de petróleo, hacían calceta cuatro viejas. Hablar, no hablaban jota. De cuando en cuando, alguna tosecilla, algún carraspeo, algún suspiro... Pero bien sabe Dios que la señora Manolita no se les caía del pensamiento.

¿Y no había nadie más en aquel sosegado cuartito? Sí, por cierto: en un rincón, borrados por la sombra, había un hombre y una mujer charlando sin tregua; pero con charla tan apagada y misteriosa, tan quedita y suave, que no podía ser sino charla de enamorados. Él estaba mal embozado en su capa; ella bien envuelta en un mantón de estambre. En los ojos de los dos brillaba la alegría, el contento de vivir... Sobre la falda de la mocita dormía un gato negro, pequeño, del que salía un rumor continuado y monótono, que por allí se llama "hacer la ollita". Otro gato, tal vez habría buscado la falda de una de las viejas, por hallarse más cerca del brasero; pero éste era un gato de buen gusto, y prefirió el calor natural de la juventud. No hay motivo para censurarlo.

Oigamos á los enamorados:

—¿Pensó usted en aqueyo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque eso no se piensa: ó sale de adentro ó no sale.

—Me es iguá. ¿Sale?

—Miste: lo que tengo de responderle á usted lo sé desde er día que estrenó usted la capa.

—¿Le gusté?

—Me gustaron los embosos.

—Estos son. Coloraos. Juegan con sus labios de usted.

—Con mis labios no juega nadie, amigo.

—Pos á vé si me contestan formales: ¿cuándo me saca usted der purgatorio?

—Así que pase er frío. Ya ve usted si lo apresio.

—Es que disen que año nuevo, vida nueva, y Diciembre se va, y yo quiero prinsipiá el año que viene en la gloria bendita. Es desí, que de su reja de usted no me van á despegá ni con agua caliente.

—¡Está usted aviao! En Enero no *pelo* yo la pava.

—¿Por qué?

—Por mo der relente.



—Yo ensenderé un puro, y usté se arrima á la candela.

—Me vi á quemá.

—Güeno; pos lo dejaremos pa Febrero. ¿Le paese á usté bien?

—No, señó. ¿En un mes loco vamos á empesá una cosa tan seria?

—Según eso... *la vamos á empesá*. Ya está usté cogía.

—Ayá veremos...

—Quié desí que si no es en Febrero, será en Marso.

—¿En Marso, con er viento que hase, y la *guasa* que trae la Cuaresma, y espinacas los viernes?.. No pué sé.

—¡Caramba, niña, que va un trimestre de difi-curtaes!

—¿Y qué le hasemos?

—Pero ya está entendío: usté á lo que tira es á dí con las flores, pa que to sean flores entre nosotros. ¿Verdá? ¡Y que tengo yo unos clave-los disciplinaos que ayá por Abri ojos solitos van á escaparse de la maseta pa írsele á usté ar moño!

—Si viera usté que he leído en er Saragosa-

no—porque yo sé leé—que en er mes de Abri va á diluviá... ¡Y yo no quiero que usté se moje en la ventana!

—Pasiensia. ¿Ha leído usté si en Mayo habrá só?

—En Mayo, sí.

—¡Ole!

—No, no; pare usté er cohete. En cuarquier mes entro yo en relaciones menos en Mayo.

—Explique usté eso.

—Porque en Mayo se arregló mi hermana Esperansa con su novio, y le salió vano.

—¿Y vi yo á pagá eso?

—¿No lo pago yo?

—Ea, pos vamos á Junio; pero ya de Junio no me pase usté.

—En Junio andaré yo mu preocupá con los esámenes de mi hermaniyo.

—¿Ah, sí?

—¡Clarol

—¡Está bien, hombre, está bien! ¿Es desí, que medio año tirao á la caye? ¿Y qué me cuenta usté de Julio? ¡Un mes tan bonitol

—Me horrorisa la copla:

*Los amores de Julio  
son chaparrones.  
No hagas caso, muchacha,  
de esos amores.*

—¡Por vía e la coplita e Dios!

—Pos Agosto también tiene la suya. Oiga usted, y quéese usted helao:

*Los amores de Agosto  
yo no los quiero;  
porque pasa er verano,  
viene el invierno.*

—¡Así no vamos á acabá, niña! ¡Antes que el invierno, yega el otoño! ¿Le gusta á usted Setiembre pa *pelá la pava* conmigo?

—Sabe usted, que como á mi hermaniyo le van á dá calabasas en Junio, en Setiembre se me va á podé ahogá á mí con un pelo, hasta vé si sale ó no sale.

—¡Camará! ¿Y en Ortubre?

—En Ortubre prinsipian á caerse las hojas, y no hay humó pa na.

—¡Morena, que se nos va el año! ¿Tiene pa usted argún pero Noviembre?

—Muchos peros, no uno. Lo dise er refrán: “Noviembre, mes de peros, castañas y nueses”. Y los peros, malo; pero las castañas, peó.

—¿Entonses, qué?... ¡Disiembre y no hay más!

—¡Disiembre! ¡Fin de año! ¿Quién planta una maseta cuando se está poniendo er só? Se aguarda á que amanezca otro día. Espere usté un poquito... y año nuevo, vida nueva. Usté lo ha dicho antes.

—¿Ahora estamos ahí? ¡Pos hágase usté cuenta de que esta conversasión la hemos tenío el año pasao, y listos! Dentro de cuatro días le digo yo á usté en la ventana esta copla, ya que sé que le gustan:

*A la luna de Enero  
te he comparado,  
que es la luna más clara  
de todo el año.*

Siguió el palique... Al sonar las once en el reloj de la iglesia cercana, se levantó una de las viejas, dió las buenas noches á las otras, llamó por señas á la muchacha, y juntas salieron de la

habitación. Protestó el mozo, acomodándose la capa sobre los hombros y calándose el sombrero de ala ancha, y protestó el gato abriendo dos palmos de boca. El gato se arrimó al brasero, y el hombre salió tras la mujer.

Ya en la calle, vieja y moza apretaron el paso, porque la noche estaba fría. Él las seguía de lejos. Tras mucho andar por las calles desiertas, en las que sólo hallaron un perro olfateando un montón de escombros, y un borracho, que las obligó á cambiar de acera, detuviéronse ante una casa bajita y pobre. Allí estaba la reja que debía ser testigo, durante un año al menos, de la ventura de dos enamorados. Al llegar frente á ella, la mocita volvió la cara... Parecía un lucero.

Aquella noche soñaron los amantes. ¿El uno con el otro? No. Soñaron con la pobre señora Manolita, la difunta compañera del veterano *Cuña*, que desde el otro mundo les decía:

—¡Ah, tunantes! ¿Conque se aprovechan ustedes de que yo me he muerto para arreglar sus cosas? ¡Bien está, bien está!... No me enfado. Casi me alegro de haberles proporcionado la coyuntura. Porque—¡qué demonio!—yo, á mis ochenta y tantos, no tenía más que hacer que

morirme, y ustedes, á sus veinte y pico, no tenían más remedio que quererse.

Y el cuento de aquel sueño, en que danzaban la muerte y la vida, fué el primer tema de la primera *pava*.



III

PREGUNTONES



## I

El señor Cristóbal, antiguo servidor de una rica casa de labradores andaluces, tenía muy cerca de ochenta años, las piernas flojas y la cabeza fuerte.

Aunque no estaba ya para muchos trajines, ni aun para pocos, los señores, agradecidos á lo fieles servicios que toda la vida les prestó, lo conservaban á su lado de muy buena gana. Añádase á esto que Cristóbal era pintiparado para entretener á la gente menuda, y que en la casa había dos niños, Perico y María: nardo y rosa, como dijo el poeta.

Perico de seis años y de cinco María, tenían de curiosidad lo menos cincuenta cada uno. Su anhelo de saber, expresado en atropelladas preguntas, abrumaba sin desesperarlo al señor Cristóbal, á cuyo cargo corrían las respuestas.

La ciencia de Merlín veríase muy apurada ante aquel par de preguntones. No se diga la del señor Cristóbal.

## II

Mucho preguntaba María, y sobrado comprometedoras eran sus preguntas; pero, por la índole de éstas, el viejo salía del paso con mayor desenfado y holgura que cuando le interrogaba Perico. Perico era temible.

Decía la niña:

—Oye, ¿cómo es la Vigen?

—Mu guapa.

—¿Y dónde está sentá?

—En un cojin de raso, ayá en er sielo.

Y se acababan las dudas por de pronto. Pero Perico profundizaba más en sus peregrinas investigaciones.

—Escucha, Cristoba—decía tirándole al viejo de un brazo, nervioso de curiosidad.

—¿Qué quieres?

—Escucha.

—¿Qué?

—¿Dónde está er mundo?

¡Vaya usted á contestar á eso á rajatabla, como exigía Perico, sin meditar un minuto siquiera!

—¿Que dónde está er mundo?—repetía Cristóbal rascándose la frente.—Er mundo... er mundo no está en ninguna parte... porque *to es er mundo...*

El interlocutor no se quedaba muy satisfecho que digamos; pero en vez de insistir en el mismo tema saltaba á otra pregunta, como salta un pájaro de una rama á un alero.

—Atiende, Cristoba. ¿Dónde está er má?

—¿Er má? En Cadi.

—¿Na más que en Cadi?

—Y en América.

—¿Y dónde está América?

—América está mu lejos.

—Pero ¿está en er mundo?—añadía el chiquillo *asociando ideas*.

—¡Claro! En er mundo *está to*—repetía el señor Cristóbal, seguro ya de su argumento.

## III

Una tarde, entre el niño y la niña agotaron, si no la paciencia, que era inagotable, la sabiduría del pobre viejo, que no lo era tanto.

—Cristoba, ¿cuántas estreyas hay?

—Según... Unas noches hay más... y otras noches hay menos.

—¿Y por qué?

—¡Tomal porque... las noches de luna... las estrellas no salen toas.

—¿La luna no es una estreya, tú?

—No; la luna... es la luna.

—Y las estreyas, ¿dónde están sujetas?

—En el aire; mía éste.

—¿Y no se puén caé?

—No tengas cuidao. Ochenta años tengo yo y no he visto caerse ninguna.

—Y er só ¿dónde está?

El señor Cristóbal, temeroso de meterse en un callejón sin salida, dió un silbido por respuesta.

—¿No lo sabes?



—¡No lo había e sabél... (Claro está que no lo sabía.)

—Oye, Cristoba—interrumpió la niña, á quien preocupaban en extremo las cosas santas,—¿quién es más, er papa ó er rey?

—¿Qué?

—Que quién es más, ¿er papa ó er rey?

—Er papa.

—Pos Perico dise que er rey.

—¡Y es más er rey!—saltaba Perico con aplomo que hacía dudar al oráculo.

—¡Sí, porque tú quieras!—replicaba éste como esquivando entrar en discusiones.

—Oye, Cristoba, ¿y los curas, qué son?

—Curas.

—Oye, Cristoba, er tren ¿cómo anda?

—¿Er tren? ¿Tú no has visto er carbón que yeva dentro?

—Sí.

—¿Y ar maquinista?

—También.

—¡Pos ahí lo tienes!... No hay más que fijarse en las cosas.

—Oye, Cristoba, ¿los fósforos son veneno?

—Oye, Cristoba, ¿los moros son malos?

—Oye, Cristoba, ¿qué es más grande, Seviya ó España?

—Oye, Cristoba, ¿por qué yueve?

—Oye, Cristoba, ¿quién ha sembrao los árboles?

—Oye, Cristoba, ¿quién puede más, un toro ó un cabayo?

—Oye, Cristoba...

—Oye, Cristoba...

Cristóbal tuvo que acabar por taparse los oídos.

Cuando era más vivo el tiroteo acertó á pasar por allí la señora de la casa (á quien, dicho sea entre paréntesis, se podía mirar), y sorprendió el gracioso diálogo.

—¿Son malos, Cristóbal?—preguntó acariciando á sus hijos—. Porque si son malos, desde mañana van á la escuela. ¡No hay vacaciones!

Y el señor Cristóbal, suspirando y riendo á la vez, se atrevió á contestar:

—Señorita Carmen, er que va á la escuela desde mañana, soy yo.

## IV

Varios meses después, al volver una mañana del colegio los niños de la mano del buen Cristóbal, le dijo Perico á su madre con la entereza de quien está resuelto en su propósito:

—Mamá, yo no vuelvo á la escuela.

—¿Que no vuelves á la escuela? ¿Por qué?— preguntó la madre sorprendida.

—Porque er maestro no explica las cosas tan bien como éste.

Éste era Cristóbal.

La señora soltó la risa y felicitó al viejo mentor, que lloraba de orgullo. ¡Aquel triunfo sobre don Matías era para envanecer al hombre más modesto!

Por la tarde no fueron los niños á la escuela, y el viejo se los llevó de la mano al campo, á tomar el sol... El día era hermoso; la primavera daba una voz diciendo: ¡Allá voy!... Las mariposas alegraban el aire...

El señor Cristóbal saboreó su triunfo, y algo

más seguro ya de su sabiduría, y con cierta vanidad disculpable, les habló á los niños de todo cuanto había en la tierra fecunda que iban pisando, y en el cielo alegre y limpio que brillaba sobre sus cabezas...

IV

ENTREMÉS DE LOS PIROPOS

*Á Manuel Díaz Martín.*



Un rincón de Sevilla. A la derecha del actor una taberna llamada «Las Delicias Viejas», cuya fachada principal da frente al público y hace esquina á otra calle que se prolonga en dirección oblicua hasta el foro. A la izquierda una casa con ventana baja.—Es de día.

*Aparecen Miguel y Antonio sentados ante una mesilla á la puerta de la taberna, bebiéndose unas cañas de manzanilla con acompañamiento de gambas, bocas, boquerones ó langostinos.*

MIGUEL

*Á una mocita preciosa que sale por la izquierda y que se va por la derecha.*

Niña, no le canto á usted una saeta... porque ya ha pasao Semana Santa.

MOCITA

Pos déjelo usted pa el año que viene.



MIGUEL

Pos acuérdesse usté de vení por aquí á estas horas.

MOCITA

*Yéndose.*

Me echaré un núo.

MIGUEL

*Á Antonio.*

¿Lo ve usté? No hemos hecho más que sentarnos y ya ha empesao á pasá canela. Este rincosito es una finca.

ANTONIO

Me hase usté grasia, hombre. *Llamando.*  
¡Niño!

MIGUEL

Los domingos pasa por aquí toa Seviya; ni una mujé se escapa.

ANTONIO

*Al niño de la taberna, que sale.*

Tráete media dosenita más... y viseversa.

NIÑO

¿Cómo ha dicho usté?

ANTONIO

Que te yeves éstas vasías.

MIGUEL

Y que te den de camino unas rajitas de cualquier cosa... To eso quié desi viseversa.

*Vase el niño, y vuelve á salir á poco con lo pedido. Á la ventana de la izquierda se asoma una rubia, bonita si las hay.*

ANTONIO

Está güena esta mansaniya.

MIGUEL

Más güena está la ventana de ayi enfrente.

ANTONIO

¡Canastol! Es verdá.

MIGUEL

¿Ha visto usté qué rubia?

*Se levanta atraído por ella y se aproxima un poco á la ventana.*

ANTONIO

¡Valiente pelo! ¡Er só le va á pedí una hebra!

MIGUEL

*Cantando.*

“¡Qué hermoso pelo tiene,  
carabí!...”

ANTONIO

*Lo mismo.*

“¿Quién se lo peinará?”

LOS DOS

“¡Carabí urí,  
urí urá!...”

MIGUEL

¿Le sirvo á usté pa peine, serrana?

ANTONIO

¿Se junta usté pretóleo?

MIGUEL

¿Me da usté un puñaíto de pelo pa er bigote?

ANTONIO

Miste cómo se ríe...

MIGUEL

Como que les gusta esto más... que er mem-  
briyo en la bersa.

*Al ir á sentarse de nuevo, le sale al paso, por la derecha, una morena como un sol, vestida de rojo y con mantón negro, puesto en forma de chal. Casi casi tropieza con ella. Luego, andando hacia atrás, trata de impedirle que pase.*

ANTONIO

¡Eh! ¡cuidao! ¡Que va usté á pisá á esta amapola!

MIGUEL

Perdóneme usté, reina mía. Pero ¿en dónde la iba á pisá, si no tiene más pie que er tacón? ¿Usté ha visto esto?

MORENA

¡Vamos!...

MIGUEL

*Dejándola pasar.*

¿Quién la carsa á usté: un fabricante e dedales?

MORENA

¿Y á usté: un fabricante e baúles?

MIGUEL

Hija, no se burle usté de la desgrasia.

MORENA

¿No vi á burlarme, si yeva usté dos botas que paresen dos sacos e noche?

MIGUEL

Pos toavía me están chicas.

MORENA

Pos hágase usté otras más grandes... y vaya usté tocando un pito por las cayes estrechas. ¡Jesús con el hombre, que se pone cabeza pa abajo y está techao!

*Vase por la izquierda.*

ANTONIO

¡Ja, ja, ja! Se la ha ganao usté güena.

MIGUEL

*Volviendo á sentarse á la mesa con Antonio.*

No ha estao mal rosión.

*Beben.*

ANTONIO

Pero, ¿qué será, que mientras más viejo va siendo uno, más le gustan?

MIGUEL

Que tienen argo de rayo e só, y er só les gusta mucho á los viejos. ¿Usté no se ha fijao en los claveles, cuando se están secando, que pæse como que se estiran en la mata pa arrimarse un poquiyo ar só que da serca? Pos iguá nos pasa á los hombres.

ANTONIO

¡Oiga usté; que yo no me estoy secando toavía!

MIGUEL

Ni es usté un clavé, presisamente.

*Se ríen los dos. Por la derecha del foro salen Doña Reposo, Julia, Lola y Quinito, y se detienen en el primer término de la izquierda, despidiéndose.*

DOÑA REPOSO

¿Ustedes ze van por ahí, Quinito?

QUINITO

Si, señora; por aquí nos vamos.

LOLA

A casa ya. Mamá estará deshecha.

DOÑA REPOSO

Nozotras zeguimos para el centro.

MIGUEL

¿Ha visto usté aquel ramo?

ANTONIO

Sí que es un ramo. Y er sietemesino es la caña.



MIGUEL

*Tosiendo con guasa.*

¡Ejem! Ejem!

ANTONIO

*Lo mismo.*

¡Ejem! ¡Ejem!

QUINITO

*Volado.*

Verá usted aqueyos dos...

DOÑA REPOSO

Vámonos, niña, que están ayí dos tios del pueblo y nos van á poné colorás.

LOLA

Sí; que disen muchas barbaridades.

JULIA

Ave María, qué suerte tienes tú; á mí nunca me disen barbaridades.

LOLA

¿Te parese chica la que te soltó la otra mañana aquel borracho?

JULIA

¡Ah! ¿pero aqueyo era una barbaridad?...

*Se rie, y con ella todos, de su candor.*

DOÑA REPOSO

¡Jozúl! ¡Jozúl! Esta chiquiya es tonta de capirote.

QUINITO

¿Vamos, Lola?

LOLA

Vamos cuando quieras.

QUINITO

Doña Reposo, que usted siga bien.

DOÑA REPOSO

Con Dios, Quinito.

*Se besan las muchachas.*

MIGUEL

¡Niñas, niñas, que eso es pan con pan!

QUINITO

*Volviéndose airado.*

Verá usted... verá usted...

## DOÑA REPOSO

No ze comprometa ustedé, Quinito. Ya zabemos que zon muy grozeros.

## LOLA

Vente; vente y no hagas caso.

## DOÑA PEPOSO

Hasta luego, ¿eh? Muchas expreziones á todos... Mañana ó pazado iré yo por ayí con Julia...

*Quinito y Lola se van por la izquierda. Doña Reposo desde la esquina los despi-  
de con el abanico. Julia, entre tanto, pasea  
distráida por delante de Miguel y de An-  
tonio, con las de Caín.*

## JULIA

(A ver si me disen algo; porque los niños de nuestra clase son de lo más patoso...)

## MIGUEL

¡Bendiga Dios la aristocrasia!

## ANTONIO

¡Quién tuviera la sangre de otro colól

## MIGUEL

Madamita, dígame usted: ¿pa qué se tapa usted la cara con un mosquitero: pa que no le crezcan más las pestañas?

## ANTONIO

Hombre, por Dios, si eso es un veliyo que se ponen por mo del aire.

## MIGUEL

Pos mañana le pongo yo veliyo á un jazmín que tengo en mi patio.

## JULIA

(¡Ya quisiera Quinito que se le ocurrieran estas cosas á él!)

## DOÑA REPOSO

*Dando una vuelta sin ver á su hija.*

Niña, ¿dónde estás?... ¡Anda adelante, zimple! ¡lozú, qué muchacha! *Bajo.* ¡Buenas indecencías habrás escuchao de ezos tíos curdas!...

MIGUEL

*Levantándose y descubriéndose al paso de las dos.*

Señora, ¿es usted la mamá de esta niña?

DOÑA REPOSO

*Con mal modo.*

¡Zi, zeñó! ¿Por qué?

MIGUEL

Porque se parese er capuyo á la rosa.

DOÑA REPOSO

*Cambiando de tono, esponjadísima.*

¡Ay, qué gracia de hombre! La verdá es que á lo mejó tienen ocurrencias muy finas... Buenas tardes...

*Vase por la derecha con Julia, riéndose ambas.*

MIGUEL

Vayan ustés con Dios.

ANTONIO

Amigo, esta vez se le ha corrió á usté la garrocha.

MIGUEL

Ya lo sé; pero ¿qué le iba á desí á esa señora? ¿Qué paese un corchón liao pa la mudansa? ¡Me gano un enemigo! Mientras que así... píe ya por mi salú toas las noches.

ANTONIO

Eso es verdá.

MIGUEL

Sobre que es mu cargante tomarla na más e por gusto con las mamás. Vamos á vé: si no fuera por las mamás, ¿de dónde iban á salí las niñas?

ANTONIO

¡Gachó, convense usté á un serrojo!

MIGUEL

*Mirando de repente hacia la izquierda.*  
¡Asuca! Hoy está la mañana, que se da un tiro er que no armuerse.

ANTONIO

¿Por qué?

MIGUEL

Porque estas cosas debilitan y abren la gana.  
¡Miste qué niñera viene ahí!

ANTONIO

¡Soplá!

MIGUEL

¡Eso hago yo, soplá!

*Sale por la izquierda una niñera con un niño de tres ó cuatro años, al cual, desde la esquina, le echa á rodar una pelota hacia la derecha del foro. El niño corre á cogerla y desaparece. Detrás de la niñera vienen del brazo los papás del retoño, con cara de pocos amigos.*

NIÑERA

Cógela, Restituto, cógela...

MIGUEL

Oiga usted, arma mía: si mi niñera hubiera sío



como usted, no sargo yo de la infansia ni á tres tirones.

ANTONIO

*Bajo, á Miguel.*

(¡Caye usted, que se ha mosqueao er papá der niño!)

*Se van tras el niño, la niñera y el matrimonio.*

MIGUEL

Le hará tilín también la muchacha.

ANTONIO

¡Cómo es posible, con la señora tan guapa que yeva ar brazo! ¿No ha reparao usted?

MIGUEL

Sí, señó; y no es ningún canasto vasio; pero eso ni quita ni pone... ¿A usted no le gusta más que una mujé sola?

ANTONIO

Hombre, una mujé sola... sí me gusta.

## MIGUEL

Que yo no digo sola con usté; sino sola na más. Porque á mí me susede que toas me yaman la atención, pero por peasitos.

## ANTONIO

Explique usté eso de los peasitos.

## MIGUEL

Usté verá á lo que me refiero. A una le digo, es un suponé: ¡vayan con Dios los ojos asules, recortaos de ayá arribal! Porque los ojos son los que me siegan. A otra le digo: ¡ole las narises grasiosas! ¡Eso no es una nariz; eso es un suspiro! Porque la nariz es la que me parte. A otra: esa boquita paese un beso cuajao. ¿Quié tené compañía ese beso? Porque la boca es la que me chifla. A otra: ¿pué saberse de qué tela es ese cachito de detrás de la oreja, serrana? Porque er condena cachito es er que me hase porvo. Y de ésta me aturruya er deo meñique, y de aquéya el ange con que sarta los charcos, y de la otra la manera de andá, y de la otra la manera de estarse quieta... Pero toas así: por peasitos, por in-

significancias, por cosas... ¡Señó, si yo he estao una vez pa tenderme en la vía, cuando er tren yegaba, porque me despresió una sigarrera... que no era guapa, lo confieso, pero que tenía un diente de arriba sublevao, que era una perdi-sión!... Por mi salú que sí: soy capaz de jurarlo... ¡Místela!

ANTONIO

*Después de reirse.*

¡Camarál Tiene usté más salias que un trole.

MIGUEL

A propósito de salias. ¿De dónde habrá salio aqueya criatura?

*Se refiere á una chiquilla de unos trece años, que aparece por la izquierda del foro.*

ANTONIO

¡También la infansia, hombre, también la infansial...

MIGUEL

¡Pos ya lo creol

ANTONIO

Y ésa, ¿por qué detaye le gusta á usté?

MIGUEL

Ésa por to: ¿no ve usté que eya entera es toavía un detaye? *Llumándola*. Ven acá, chiquiya, ven acá. *La chiquilla lo mira con recelo*. Ven acá, no seas tonta... Si yo conozco mucho á tu padre: ¿no se yama Pepe?

CHIQUILLA

Pepe se yama.

MIGUEL

(Aserté por chiripa. Y es que medio mundo se yama Pepe.) Toma una boca.

ANTONIO

¿Le va usté á dá una boca con la que eya tiene tan bonita?

*La chiquilla se acerca á ellos.*

MIGUEL

¿No es verdá que paese mentira que con tan poca edá le hayan cresío tanto los ojos?

ANTONIO

Es que los ojos nasieron dos meses antes que  
eya: no tiene más remedio.

CHIQUILLA

¿Sí, eh? *Retirándose hacia la izquierda.*  
¡Vaya!

MIGUEL

Chiquiya, cuídate. Harme á mi caso y cuídate.

ANTONIO

¿Hasia dónde caerá tu casa dentro e cinco  
años?

CHIQUILLA

¿Y pa qué lo quiere usté sabé, si se habrá  
muerto ya pa entonses?

*Vase por la izquierda. Los dos se rien. Sale  
por el mismo lado, y se cruza con la chi-  
quilla, á quien le echa una flor, un cho-  
chero, que se cae de viejo materialmente.  
Un chochero es un vendedor de avella-  
nas, cotufas y altramuces.*

CHOCHERO

¡Vivan los caramelos de la confitural! ¿Te  
quiés vení en er canasto como un durse?

MIGUEL

¡Agüelol!

ANTONIO

¡Agüelol!

MIGUEL

¡Agüelo, que usté ya no está pa esas bromas!

CHOCHERO

*Yendo hacia la derecha muy despacito.*  
¿Ustés qué saben? Genio y figura...

MIGUEL

*Riéndose.*

¡Ay, qué grasioso!

ANTONIO

*Lo mismo.*

¡Dise que no sabemos!...

MIGUEL

¡Adiós, don Migué de Mañara!

CHOCHERO

Reírse... reírse... que si se pudiera averiguá cómo anda ca uno... En estos negocios engaña mucho la fachá... Y á mí no me han dao toavía la arsoluta...

MIGUEL

¡Ole los hombres!

CHOCHERO

¡Ole! *Vase pregonando.* ¡Chochos! ¡Chochos salaos! ¡Er chocherol!

*Por la izquierda del foro ha aparecido mientras, de espaldas, una mujer de buena figura, una de tantas, con pañuelo de talle y flores en el pelo. Mira hacia arriba, como si esperase á alguien que debiera asomarse á un balcón.*

MIGUEL

*Fijándose en ella y levantándose.*

¡Chavó! ¡Repáre usté qué cuerpol!



ANTONIO

*Lo mismo.*

¡Ole! En cuanto pase por aquí, me descubro.

MIGUEL

¡Y que no sabe recogerse la fardal

ANTONIO

¿Con qué la yeva prendía, con un broche e briyantes?

MIGUEL

Hombre, no; si es la mano. ¡Vaya una mujél  
¡Miste que si eya fuese una parmera de la Plasa Nueva y yo otra!...

ANTONIO

¿Qué ocurría?

MIGUEL

¡Que iba á tené que dormirse er guardal

ANTONIO

¿Y á quién esperará? Porque se conose que espera á arguien.

MIGUEL

Vamos á meternos con eya.

*Se acercan ambos á la mujer, la cual, á la primera frase que le dirigen, vuelve con mal modo la cara—que es de un feo de lo más subido—, hace un mohín de disgusto y se va presurosa por la dereccha.*

ANTONIO

Niña: usté no ha nasío pa esperá; sino pa que la esperen.

MIGUEL

*Al verle la cara.*

¡Josúl!

ANTONIO

¡Ave María Purísimal

EL

¡Mal angel!

MIGUEL

¡Valiente castaña, camarál *Gritándole.* ¡Hijal  
¡No se ponga usté nunca de frente donde bien  
la quieran!

ANTONIO

Compadre, yo no he visto na como eso.

MIGUEL

Yo en Carnavá, sí.

ANTONIO

Nos ha echao.

MIGUEL

Si, sí; vámonos á otra parte. *Toca las palmas y sale, como por resorte, el niño de la taberna.* ¿Estabas ahí debajo, gachó? Toma.

NIÑO

Gracias.

*Se va.*

ANTONIO

Tiraremos por ayí, no nos vayamos á encontrá á esa fea. *Furioso.* ¿Pa qué habrá feas?

MIGUEL

¿Ve usté? Ya eso no está bien dicho. Lo feo tiene que ersistí pa que lo bonito resarte. *De*

*pronto, con explosión de júbilo y de entusiasmo, mirando á la izquierda. ¡Ole! ¡Ahora sí que se acabó er carbón! ¡Viva lo güenc! ¡Quite se usté er sombrero, y la chaqueta, y hasta los pantalones, si no está resfriaol*

ANTONIO

¿Pero ha perdío usté la cabeza, señó?

MIGUEL

¿Y se figura usté que no hay motivo? ¡Va usté á vé una cosa que no es de este mundo!

ANTONIO

¿En dónde?

MIGUEL

*Cogiendo en brazos y besando á una niña de cuatro ó cinco años que sale á tiempo por la izquierda, y que es una preciosidad, efectivamente.*

¡Aquí, so guasón! ¡Diga usté que aponderol ¡Fijese usté en eya... y tire usté los ojos, que ya no van á servirle pa nal

ANTONIO

Pero ¿es de usté?

MIGUEL

Sí, señó. Mía y de mi señora. Ayí viene eya

ANTONIO

*Con gran asombro.*

Pero ¿usté es casao?

MIGUEL

¡Sí, señó! ¡Y hasta mi mujé me entusiasma!

ANTONIO

¡Y á mil

MIGUEL

¿Cómo?

ANTONIO

¡Y á mí la mía!

MIGUEL

*Lo mismo que Antonio.*

¡Ah! ¿De mo que usté también está en er gremio?

ANTONIO

¡También! ¡Y que tengo un pimpoyo de este arto, que lo echo á reñi con ese de usté en cuanto cumplan los quince!

MIGUEL

¡Se aserta er desafío!

ANTONIO

Pos que haya salú de aquí á entonses.

MIGUEL

Y que nos coja á los dos... chispa más ó menos, como ahora.

*Al público.*

Yo no sé si aplaudirás,  
pero si poco te cuesta...  
que perdonen las demás,  
y dale un aplauso á ésta,  
que es la que me gusta más.

V

FLORES ANDALUZAS





Entramos en el huerto guiados por una mocita con aire y rostro de musa popular. Era hija del ama del huerto, había nacido en él y se llamaba Rocío. El instinto poético de la madre la bautizó con este nombre, el más propio para una muchacha, rosa de rosas, clavel de claveles, que nace destinada á vivir en un recinto donde brotan flores hasta en el aire.

Era fina y ligera de cuerpo, tal vez pequeña; pero ya se sabe, y nadie las mueva, que

*mientras la rosa más chica,  
más fino tiene el olor...*

Sus cabellos eran oscuros y abundantes: en el moño había caído por casualidad un capullo de te, y no quería moverse de allí. Tenía los ojos mayores que la cara y los pies más chicos que los ojos. Su andar era suelto, gracioso

volandero... Parecía haber inspirado aquella copla que dice:

*Esa mujé está sembrá:  
va derramando mosquetas  
por donde quiera que va.*

El poeta popular á quien esa flor en forma de copla le brotó del alma, pintó de la manera más sobria y elocuente la innata finura, el natural señorío de algunas mujeres andaluzas del pueblo. Lo mejor de la raza, la flor de la canela, como quien dice. ¡Apenas si hace falta salero para ir por esas calles de Dios *derramando mosquetas!*...

—Vengan ustedes por aquí—nos dijo la musa con ademán y tono tan convincentes, que no había más remedio que obedecer.

Tenia ella noticias de nuestra afición y nuestro culto á las flores y quería que viésemos el huerto á conciencia.

Entramos primero por una vereda en la cual, á derecha é izquierda, había mil claveles distintos en gruesas y apretadas filas de macetas. Nuestra curiosidad principiú á picarse. El saber de Rocío la satisfizo cumplidamente.

—¿Cómo se llaman éstos color de vino tinto?

—*Borrachos.*

—Es un nombre bien puesto. ¿Y éstos blancos tan grandes?

—De *bola de nieve.*

—Estos amarillos y encarnados son de la *bandera española*, ¿verdad?

—No: á éstos les desimos *tomate y güevo*; los de la *bandera española* son esos más finos. Paesen iguales, pero hay alguna diferencia—nos respondió confundiéndonos con su autoridad.

Y siguió por la vereda adelante, atenta á un lado y otro, mostrándonos los que ella estimaba ejemplares más dignos de aprecio, y diciendo sin cesar nombres y más nombres... De *nácar*, de *aurora*, de *trapo*, del *relojero*, de *encaje*, de *rosa*, del *señorito*, de *la señorita*, *disciplinados*, de *paja*, de *coral*... Al mostrárnoslos, tenía la costumbre de cogerlos por el tallo y hacerlos temblar.

*Ya no se llaman dedos  
los de tu mano,  
que se llaman claveles  
de cinco en ramo.*

Cuando llegó al trozo de la misma vereda que adornaban las clavellinas, aligeró su paso y calló, deseando que no reparáramos en aquella pobreza. Ella, por supuesto, no creía que era tal; pero sin duda nos consideraba poco aptos para comprender y aquilatar el mérito de las clavellinas.

Se equivocaba Rocio: tiene la clavellinita el atractivo de lo humilde, de lo pobre, de lo modesto; el encanto triste de lo que nace á la luz con poca vida, para morir antes de cuajarse.

*Clavellina colorada  
nacida en el mes de Enero,  
¿quién ha visto nacer flores  
en el rigor del invierno?*

Y como la musa popular encuentra siempre en cada flor distinta el símbolo de alguna mujer, nada más doloroso que oír al amante de una clavellinita que llora y canta:

*Hermosa clavellinita  
criada al pie de la sierra,  
¡qué lástima de carita  
que se la coma la tierra!*

Fuera del sendero de claveles y clavellinas, y dejando á un lado un grupo de naranjos, compacto y brillante, los cuales echaban azahar á los pies de todo el que ante ellos pasaba, las demás flores crecían en el huerto allí donde la suerte había querido que cayeran, en gentil y pintoresco desorden, alegrando y salpicando con sus pinceladas de colores el fondo verde.

Junto á una poética celinda, de blancas y delicadas flores, como si fueran novia y novio que se dicen secretos, surgía un granado, cuyas flores semejaban manchas de sangre mora. Dos rosales plantados frente á frente, parecían empeñados en una competencia pueril; daba el uno rosas exuberantes y gallardas, de estas que se llaman *de á libra*, y el otro dábalas de pitimini, recortaditas y primorosas. El de pitimini, según estaba de cuajado, dijérase que le recordaba al compañero esta galante *soledá*, hecha en honor suyo:

*Cuando yo te quise a tí,  
se cuajaron los rosales  
de rosas pitimini.*

Las rosas del *de á libra* crecían pomposas y huecas, sin aparentar el menor cuidado ante las arrogancias de sus diminutas rivales. Más allá, un rosal de *te* mostraba orgulloso sus señoriles flores, pálidas y de pocas hojas, predilectas de la mantilla negra. Al lado suyo asomaba el de *virgen*, de rosas blancas, sin perfume, pero sin espinas. Cerca de éstos, el aristocrático de las *de musgo*. No lejos tampoco, el plebeyo y copioso de las *pimpinelas*.

Aquí, lirios morados como las huellas que en el rostro dejan las penas; allí, azucenas de marfileña blancura, que sin duda no vió serenamente aquel que dijo:

*Vale más lo moreno  
de mi morena  
que toda la blancura  
de la azucena.*

A esta parte, las azules campanillas cantadas por Bécquer; por entre todas, descollando soberbias y altivas, las espléndidas malvalocas, y estallando de rabia y rojos de vergüenza por no alcanzarlas, los presuntuosos borlones... Adheri-



dos á las tapias del huerto y sirviéndoles de rico tapiz, crecían, extendiéndose libremente, los jazmines; el *jazmín real*, que lo mancha la nieve, y el *jazmín morisco*, amarillo de envidia.

La encantadora Rociito nos hablaba de todas ellas con ingenua inspiración, con graciosa y persuasiva verbosidad. Para todas tuvieron sus labios una frase y su alma una caricia. Nuestros ojos saltaban de unas en otras: de las cinerarias á las verbenas, de los alelíos al heliotropo, de las camelias y gardenias á las varitas de San José, del preferido rosal de olor al temible aroma... Temible, porque en la casa donde hay uno se quedan las muchachas solteras.

¡Delicioso mariposear de los ojos, quién pudiera hacer de ti norma de la vida...! Detenerse un instante nada más en las cosas bonitas... y levantar el vuelo.

No era mal filósofo aquel que cantó:

*No quiero querer á nadie  
ni que me quieran á mí:  
quiero andar entre las flores,  
hoy aquí, mañana allí.*

Rocio, que nos tomó cariño en una hora, sólo porque nos vió encantados de aquella belleza, nos acompañó hasta la misma calle. Y un mozo que acertó á pasar por allí cuando nos despedía satisfecha y alegre, se la quedó mirando y le preguntó de buenas á primeras:

—¿Me vende usté esa rosa que yeva en er moño? Y contestó ella sin turbarse:

—No tiene presio esta rosa.

En efecto: no tenía precio, porque seguramente estaba reservada para su novio. Pero el mocito remató el diálogo de esta manera:

—La verdá, mi interés no era por la rosa. Era por vé si ar queré quitársela se enganchaba er rabiyo y se venía usté detrás, cara de gloria.

Flores de la tierra, mujeres del cielo, coplas y piropos, gritos del alma arrancados por unas y por otras... ¿Se podrá titular este artículo *Flores andaluzas...*?

VI

LAS HORAS DE LA SIESTA



La ancha vela, burlando los rayos del sol, llena el patio, limpio y alegre, de agradable sombra.

Dos muchachas, ocultas casi entre latanias y palmeras, se entretienen en coser y cantar (la cosa más sencilla del mundo) durante las perezosas horas de la tarde.

Pelinegras son las dos; blancas como nardos, bonitas como perlas... La una, con el moño en todo lo alto y un clavel enterrado en el moño; la otra, más niña, con la trenza floja por la espalda. Visten trajes ligeros, vaporosos; celeste la mayor, rosa la más chica... Los cuellos y los brazos al aire... Parecen mujeres soñadas, aunque, por fortuna, son de carne y hueso.

La fatiga del calor, más que el cansancio de la costura, las obliga de cuando en cuando á sacudir las lindas cabezas y á limpiar de cabellos las frentes.

—Hija, ¡qué día!—dice la mayor, Carmen.

—Hoy se gana el cielo—añade la pequeña, Lola.

—Pepe, Pepito.

—Pepe.

—¡Qué!—contesta, malhumorado, Pepe, hermano de ambas niñas, que no está para bromas, y que dormita en una mecedora con el *Derecho canónico* sobre las rodillas.

—No estudies tanto, que se te va á cansar la vista.

—Si ahora no leo; si pienso nada más...

—Pues mucho cuidadito con quedarte calvo, como el Guerra.

—No te apures.

--¿Vcs tú? Si no hubieses dejado para Setiembre el *Derecho canónico*, podrías pasarte durmiendo todo el día.

—Lo que es por eso, parece que lo ha aprobado en Junio.

—Verás la chica...--responde Pepe, levantándose y desperezándose como un gato y con entera confianza.

—Por supuesto, que de todo lo que te pasa tiene la culpa quien yo me sé.

—Ni más ni menos.

—Al diablo se le ocurre perder un curso por causa del *Algabeño chico*.

—¿Yo?—pregunta el hermano, sin comprender por dónde van los tiros.

—Si, hijo de mis entrañas; aunque te enfades, te lo espeto: tu novia es igual al *Algabeño chico*.

Las dos muchachas sueltan la risa á borbotones, fresca y alegre como el agua que salta y juega en la fuente que hay en medio del patio, y el hermano la emprende con ellas á besos y á pellizcos, en justa venganza de la ofensa inferida á la señora de casi todos sus pensamientos. De casi todos, si no de todos, porque el *Derecho canónico*, en honor de la verdad, no le cansa el cerebro, que digamos.

—¡Verás tú!...

—No seas borrico, Pepe...

—¡Ay! Estate quieto...

—¡Qué gansísimo te ha hecho Dios!

—Mira, Carmen, mira cómo me ha puesto el brazo.

—Todo porque le decimos la verdad.

—Así como suena.

—Oye, y lo que no debes consentirle á tu novia, hablando ahora formal, es que lleve el perro que lleva.

—¡Es mucho perro, Pepe!



—Parece un pedazo de otro.

—Parece que está sin concluir.

—Y en ley de Dios, la pobre muchacha ya tiene bastante con llevar junto á la mamá.

—La mamá es de Jesús y tres golpes.

—Yo la he visto en las figuras de cera, no me cabe duda.

—¡Duro, duro en la suegra!—añade el futuro yerno, siguiendo la corriente—. Eso no me importa. ¿A que no sabéis lo que á mí me parece cuando se ríe?

—¿Qué?

—¿Qué?

—Un melón empezado.

—¡Ja, ja, ja!

De improviso se abre la puerta de la calle, inundando de sol el zaguán, y una voz cadenciosa grita desde la cancela, que tapa un transparente chinesco:

—¡Señorita Carmen!...

Al reconocer aquella voz, los tres hermanos callan súbitamente y se hacen señas significativas de que el que chiste morirá á manos de los otros.

Pausa. No se oye una mosca.

—¡Señorita Carmen!—repite la voz desde fuera á los pocos momentos—. ¡Aquí está Pastora! ¡Abra usted un minutito na más y haremos cambios! ¡Ande usted, que traigo hoy unas tiras bordás que me van á mercá en el Arcasa si usted no las quiere!

Silencio en las filas.

Pastora es una *ditera* gitana, que charla por siete, capaz de aburrir á un sordo, y muy *gango-sa* en sus ventas y tratos, como dice la hermana más chica queriendo decir muy *ganguera*, ó sea muy amiga de gangas.

—¡Ábrame usted, señorita Carmen! Si están ustedes ahí, si las estoy oyendo reirse... Miste que traigo unos pañuelos que da lástima de sonarse de bonitos que son... Abra usted, por los ojos de su cara, que se va usted á alegrá. Le voy á dá á usted toa mi mercansia aunque no sea más que por er *bombín* canela der señorito don José.

Una carcajada imprudente de Lolita, enemiga irreconciliable del citado *bombín* de su papá, denuncia á los tres. Consternación. Ya no hay sino abrir la cancela, porque la gitana no se marcha ni á tiros.

Y, en efecto, la abre Pepito, no de muy bue-

na gana, y entra Pastora con su obligado acompañamiento, el cual se compone de una gitana guapa, si bien no tanto como ella, y de un gitano viejo y feo, color de dedo gordo de fumador sucio.

Y allí principia el deshacer líos y paquetes de tiras bordadas, encajes y ropa de hilo fino; el poner en las nubes la mercancía con hipérbolos caprichosas y donaires gitanescos de lo más espontáneo y gráfico; el reírse las niñas del gitano singularmente, que, según ellas, tiene la gracia como las avispas; el mentar Pepito la *bicha* con la sana intención de que se larguen; el maldecirlo la familia gitana; el salir las criadas al olor del cambalache y de la compra; el hablar todos á la vez; el cantar los canarios á todo pulmón, por no ser menos; el desdeñar de las señoritas; el elogiar optimista de la cocinera, y, finalmente, el aparecer don José, el irascible señor don José, aquel cuyo *bombín* fué el mejor señuelo de la gitana, en mangas de camisa y en calzoncillos blancos, con una pluma detrás de la oreja, protestando á gritos de que no lo dejan trabajar, y despejando el campo en menos tiempo que se persigna un cura loco,

Las niñas vuelven á su labor; Pepito á su estudio, vamos al decir; las criadas tornan á sus faenas; don José se retira refunfuñando y acordándose para nada bueno del Nuncio, y la tropa gitana se va con las orejas calientes, aunque no sin soltar la sin hueso antes de salir para pintar á don José de una pincelada:

—¡Ay, vaya por Dios, don José; parese usted un paná! ¡Échese usted en agua!

El patio queda de nuevo en silencio y reposo. Las muchachas cosen de malísima gana, porque el calor desanima y enerva. Pepe, recostado en la pérfida mecedora, procede lo mismo que si hubiera aprobado en Junio el *Derecho canónico*... Los ojos se cierran, las bocas se entreabren, los brazos se caen como si fueran de plomo...

El sueño vence; la siesta triunfa, como único remedio á tanta pereza...

Una de las criadas canta en la cocina á media voz; á la otra se la oye en el piso alto... Las coplas, dormilonas de suyo, llegan al patio casi borradas por la distancia...

De la calle, abrasada y sola, vienen también

de vez en cuando algunos ruidos... El trote del caballejo de un panadero de Alcalá, el pregón del *tío del helao*...

Todos duermen... De pronto los despierta una voz alegre, que canta á la misma puerta de la casa:

*Yevo dalias, yevo dalias,  
yevo las marimoñitas,  
las más bonitas de España...*

Inútil. ¿Rendirá el calor, que ni siquiera deja fuerzas para levantarse á comprar flores?

VII

CUATRO COPLAS

RECUERDOS DE UNA NOCHE TRÁGICA





El bueno de Julito no se cambiaba en Sevilla por nadie. ¡Qué manera de caer en la ciudad del Betis!

Los sevillanos suelen recibir bien á todo el mundo, pero con Julito fueron verdaderamente extremosos: echaron la casa por la ventana, le trataron á cuerpo de rey, quisieron que de todo viera y de todo probara y disfrutara.

Y, en efecto, así fué: Julito vió, probó y disfrutó de todo. Estaba encantado de los sevillanos y de Sevilla.

Pero ¡ay! faltaba la bomba final, el *número del programa* de que desgraciadamente no se escapa allí ningún forastero: era indispensable que antes de que Julito volviese á Madrid (donde había nacido y donde vivía) le oyera cantar una noche *cuatro coplas* (*cuatro coplas*, fijese el lector) á Pa-

*quiyo er de Camas*, sin óir al cual no debía morir, en opinión de sus admiradores, ninguna persona de buen gusto.

Se organizó una cenita *seria*, demasiado *seria*, y la noche señalada para el *sacrificio*, que dicho se está que fué memorable, nos reunimos hasta veinte personas de distintas clases y categorías (eso sí, hombres todos, porque la cenita era *seria*) en un cuarto con mucho *carácter* y poca luz, verdaderamente *típico*, de uno de los *colmados* de más campanillas.

El alma de la fiesta, Juan Organizador, como si dijéramos (siempre hay uno que lo organiza todo en tales ocasiones), sabía bien dónde le apretaba el zapato, como ya se verá, si Dios quiere.

Empezamos á cenar demasiado tarde, circunstancia harto de sentir, porque *se nos pasó* el apetito á fuerza de comer aceitunas, salchichón, embuchado, queso, sardinas, anchoas, mantequilla y otras futesas más ó menos *típicas*.

Juan Organizador, á propósito de la tardanza, creyó oportuno picarse con el dueño del establecimiento, en donde entraba él lo mismo que Pedro por su casa. Y se picó y dijo que no volvería

por allí, y añadió que aquellos entremeses eran una basura. Y puesto en semejante disparadero, devolvió en seguida el pan de Viena, porque no era francés. Si lo hubieran servido francés, lo pide de Viena. Los organizadores con negra honrilla son peligrosísimos.

Además, á uno de los amigotes reunidos le estaba saliendo á *la sazón* la muela del juicio, y le dolía á rajiar; y como la cenita era á escote (que en esto, en rigor, estribaba toda su *seriedad*), y el hombre había de pagar lo mismo aun cuando no gimiera ni chillara, la emprendió libremente con el almanaque, y santo va, santo viene, no quedó uno sin su lindo piropo; lo que disgustó á varios camaradas, porque cada cual tiene sus creencias, y vaya usted á saber si estaría molestando al propio Julito.

La cosa se *torcía* por momentos. Y malo es que una cosa se tuerza al principio; que luego cuesta Dios y ayuda enderezarla, y pocas veces se consigue. La sopa llegó tarde y con sal; el pescado, apestando; la carne, cruda, y el pollo final, ese pollo que es la puntilla de estas comilonas, francamente incomible. El camarero que nos servía dió con el plato en las manos una

airosa vuelta á la mesa, á medo de ventilador, sin que ningún valiente lo detuviera.

Juan Organizador crió bilis para una semana. El festejado sufría en silencio.

## II

Cuando llegó *Paquiyo er de Camas*, acompañado de *Manolo Costuras*, guitarrista famoso, aquello parecía un funeral. Sin embargo, la presencia del elemento artístico, motivo principal de *la fiesta*, animó repentinamente á todos.

—¡Ole! ¡oiel

—¡Ya está aquí lo bueno!

—¡Vas á oír el órgano de la Catedral!

—*Paquiyo*, una copa.

¡No, en sus días! A *Paquiyo* se le estropeaba con la bebida el nido de canarios que tenía en la garganta, y no era cosa de darle el vino en friegas.

Sentáronse tocador y cantador en el mismísimo borde de sendas sillas, como si hubieran apostado á caerse, y el de la guitarra empezó á tem-

plar. Por cierto que, ocupadas las dos manos en tan delicadísima y larga faena, no se podía mover de la boca un grueso puro que fumaba, y llegamos todos á dudar si aquello era puro, en efecto, ó era mango del tocador.

Y venga vino mientras tanto, que después de comer es cosa que sienta á maravilla.

A la media hora larga de temple (porque saltó un bordón y hubo que ir por otro) principió el ilustre *Paquiyo* á hacer filigranas.

—¡Ay, ay, ay, ay, ay...!

—¡Ole!—gritó Juan Organizador, interesado en que aquello no acabara absolutamente en derrota.

Y cantó *Paquiyo* como él solito sabía hacerlo.

*Que venga el arba de veras,  
á vé si viniendo el arba  
tienen alivio mis penas.*

Un ¡ole! general de entusiasmo y de simpatía acogió la copla, cuyo final modificó al rematarla el mozo de esta suerte:

*... á vé si viniendo el arba  
se alivia mi compañera.*

Y todos aplaudimos contentos: por fin, comenzábamos á divertirnos. Aquella manera de cantar, bien valia los sufrimientos anteriores. Julito era otro.

Abierta la brecha, continuó *Paquiyo*, diestramente acompañado por el del mango:

*Una nochesita e luna  
he visto ar sepaturero  
cavando mi sepultura.*

Descartada la oportunidad de la copla, á todos nos pareció muy bien. ¡Ole! ¡ole!

*A esta serrana la quiero;  
que se yeva de su gusto,  
no se yeva der dinero.*

¡Ole y más ole! Vino, alegría, buen humor, satisfacción en todas las caras. La fiesta, indudablemente, marchaba ya. Eran las doce y media... y sereno.

Y una copla tras otra, sin tregua ni descanso, se llevó *Paquiyo* cantando cerca de una hora, hasta que le pedimos que descansara... para descansar nosotros también.

El guitarrista se despegó entonces de los labios aquello que llevaba, y todos pudimos ver que era puro y no mango, como maliciosamente se había supuesto.

## III

—Bueno, y ahora ¿quién canta?—preguntó un indiscreto.—Porque no ha de hacer el gasto *Paqiyo* solo.

—¡Que cante Pepel

—¡Eso es, sí, que cante Pepel!

—¿Queréis cayarse?—saltó Pepe, que estaba rabiando por cantar—. Después del órgano de la Catedral, ¿vais á resisti mi matraca?

—Sí, hombre; unos tanguiyos. La cuestión es pasá la noche.

Y cantó Pepe—¡cómo no!

Y después de Pepe, cantó uno llamado Martínez, el cual necesitaba, según él, *mucha bebia* para soltarse.

Y después de Martínez, tornó á cantar *Paqiyo*.



Y después, Pepe segunda vez.

Y después, Martínez.

Y ya no se gritaba ¡ole! más que para sacudir el sueño. A Julito le dolía la espina dorsal, y le pesaban los ojos, y le pesaba la cabeza, y le pesaba haber nacido.

Se hizo un silencio lúgubre. Si alguien lo sabe aprovechar y dice: "vámonos", nos vamos á la calle inmediatamente. Pero nadie osó tal. Allí, por lo visto, debíamos morir todos. Las caras estaban lívidas del vino y de la mala noche.

De pronto, un señor *castizo* que se había colado á la mitad, de estos que gozan fama de haber sido ruisñores en su juventud, se decidió á cantar á instancias de un su admirador soñoliento.

—Ande usted, don José; cuatro coplas.

—Yo estoy ya retirao der toreo. He queao pa las noviyaiyas, y ésta es una corria formá.

—Aunque no sean más que cuatro coplas. Julito, entérese usted de esto.

Y se arrancó el señor, previa una frase que él estimaba chiste:

—Vainos á vé si me *rejuvenusco*.

No se rejuvenenció, pero nos la dió buena. Tenía menos voz que una puerta que chilla, y todo

lo que le faltaba de voz le sobraba de presunción y de cuerda. Empezó y no sabía dejarlo.

—¡La cara! ¡la cara! Hay que verle la cara—decía á cada paso su admirador, que estaba hecho una uva.

Y cuando había soltado sobre setenta y siete coplas nuestro héroe, y el que más y el que menos pensaba ya en un cura para bien morir, oímos al propio admirador que nos advertía, deseoso de significar que aun sabía hacer más primores aquel asesino:

—¡Toavía *no ha empesao* á cantá! ¡Es mucho tío éste!

Lo miramos con odio, que él no advirtió por de contado, y á las doscientas nueve coplas, seguidilla más ó menos, exclamó con una seriedad inverosímil:

—Ahora, ahora *empiesa* á cantá. ¡Qué tío!

Julito yacía en un rincón; otro infeliz echaba el alma detrás de una puerta; el de más allá le pedía á Dios un rayo que matara á aquel hombre.

Tibio resplandor, penetrando por los cristales de las ventanas, nos hizo ver que ya amanecía.

Cogimos entre seis al semi-cadáver de Julito para conducirlo á su casa. Al salir llovía á cánta-

ros y no teníamos paraguas ni había un solo coche en cuatro leguas á la redonda. Era inevitable aguar el vino.

Mientras viva Julito, se acordará de las *cuatro coplas*.

VIII

ENTREMÉS DE LAS BUÑOLERAS

*A Leocadia Alba.*



Una plazoleta en el camino de la feria de Sevilla.

A la izquierda del actor, en primer término, y con la entrada de frente á la derecha, la caseta de Micaela, blanca y reluciente, y adornada con algunos lazos de colores. Es por la mañana.

*Micaela y Reposo están á la puerta de la caseta. Micaela es una gitana en la madurez de la gitanería, y Reposo es un pimpollito, cuya sola presencia anima á entrar en la caseta á comer buñuelos. Visten trajes de percal de vivos colores, muy almidonados y limpios.*

MICAELA

*En tono de pregón.*

¡Ea, ea, no irse por otras cayes, que aquí está lo güeno! ¡Cocholate con biñuelos! ¡Abri los ojos!

REPOSO

No chiyes ahora, mujé, si no pasa naide.  
¿Quién te va á oír?

MICAELA

Asina se va una templando. ¡No quieo buya!  
¡no quieo buya! ¡Mardita sea la buya! ¡Cocholate  
con biñuelos, muchachas! ¿Quién quiere una  
librita?

REPOSO

¿Haremos güena feria, Micaela?

MICAELA

Reposo, qué sé yo. Esta Seviya no es conosía.  
Veinte años hase ya que pongo la casiya en er  
mismo sitio, y ca año que pasa vendo dos libras  
menos.

REPOSO

Pos éste se me figura que pinta bien.

MICAELA

No pinta malamente. A lo úrtimo cantarán los  
dineros. *Suenan unas palmadas en el interior de  
la caseta.* Anda ve, que yaman.

REPOSO

*Obedeciéndola.*

Voy.



## MICAELA

Presiosa es, porque la Virgen ha querío. Más gente me va á meté en la casiya con esa cara, que entra en la Catedrá pa oí er Miserere. Y eso que ayí se entra de barde. *Gritando.* ¡Hola, hola! ¡Los mejores de la feria están aquí! ¡No quieo buyal ¡no quieo buyal! ¡Mardita sea la buya! ¡Cocholate con biñuelos! *A un matrimonio popular que sale de la caseta y se va por la derecha del foro.* Dí con Dios, resalaos: que vengáis mañana. ¿No sos mando á casa una librita? *Deteniendo á un transeunte que sale precipitadamente por la derecha y se va por la izquierda.* Párate tú y no corras, que vas á trompesá.

## TRANSEUNTE

Déjame.

## MICAELA

Pero ¿no vas buscando biñuelos? ¡Pos aquí los tienes!

## TRANSEUNT

Vamos, suerte; que yevo prisa.

MICAELA

¡Si no los vas á encontrá mejores en toa la ferial!

TRANSEUNTE

*Desasiéndose de un empellón.*

¡Que yevo prisa, corchol!

MICAELA

¡Adiós, *telégramal*! ¿Qué has bebío esta mañana que vas tan apurao? *Saliéndoles al encuentro á un soldado y á un paisano, que aparecen por la derecha, en dirección hacia la izquierda.* ¡Ea, ya yegó er general! ¡Y ar lao el ayudante! ¡Reposol! ¡coge el armiré y toca la músical! ¿Venéis á tomá unos biñolitos, verdá?

SOLDADO

¿Pa qué? ¿Pa mancharnos de aseite?

MICAELA

¿Mancharse en mi casiya, que está como los chorros el oro? ¿No la veis que ofende la vista de blanca? ¡Arsá ya pa dentro, escarriaos!

PAISANO

¿Y quién paga después?

MICAELA

Ya sos convendréis. Media librita y dos copas no valen na. ¡Ea, no sé roñosos!

SOLDADO

Convíanos tú.

MICAELA

Vergüensa debía darte desirlo. Míalo: con toa la hechura er generar Prim y quié que lo convie. *Se rien los dos.*—*Al paisano.* Animate, Futraque, que paeses un faro de día: que no sirves pa na. Anda, pa que cuando vayas á tu pueblo cuentes que has comio biñuelos de la Micaela.

PAISANO

Zi yo vivo en Zeviya, guazona.

SOLDADO

Si éste es er que va á toreá esta tarde.

MICAELA

Pos que no coma más que biñuelos e viento, y asina corre más.

SOLDADO

Vamos, quita.

PAISANO

Zuértanos, que manchas.

SOLDADO

¡Y que no queremos comé esperdisios!

MICAELA

¿Esperdisios yamas á mis biñuelos? ¿Pos qué te dan en er cuarté: gelatina?

PAISANO

¡Echa pa alante y no le hagas cazol!

MICAELA

¡Ay, er torero, qué patoso es!

PAISANO

¡Pa gracia, tú!

*Se van los dos riéndose.*

## MICAELA

¡Vete ya, escurriol! ¡Permita Dios que un toro te ponga por detrás como un tostaó de castañas! *Óyense dentro algunos piropos de los recién ídos á unas mocitas.* ¡No haserles caso, niñas, que no yevan una monea entre los dos! ¡Déjalas tú, sablaso, que eshonras la melisial—¡Güenos días, capuyitos tempranos! ¿Queréis que sos convie? *Salen por la izquierda Margarita, Asunción y Concha, que son tres muchachas del pueblo.* ¿No queréis probá mis biñuelos, caritas de rosa?

## MARGARITA

Ya nos han convidao en la feria.

## MICAELA

¿Y qué tiene que vé? Tomá los míos de postre, boquitas de claveles. Mirá que con una dose-nita na más que toméis vais á sacá novio.

## ASUNCIÓN

Si tenemos novios las tres.

## MICAELA

Y sos lo mereséis, cachitos e sielo. Vení pa

dentro ya, varitas e nardo. No pensarlo más, terronsitos de asuca.

CONCHA

Otro dia, otro dia.

MARGARITA

El aseite se agarra mucho á la garganta.

ASUNCIÓN

Andá, que se hase tarde.

*Se van por la derecha del foro.*

MICAELA

¡Ea, pos echá á corré ya y no perdersel! ¡Y poné una tienda de sar sosal! ¡Várgame Dios, qué lasias son las tres y qué *arate* tienen! ¡Jesús y cómo está la mañana!—¡No quieo buyal! ¡no quieo buyal! ¡Mardita sea la buyal! ¡Cocholate con biñuelos! ¡Abrí los ojos!

*Salen por la izquierda Bernardo, Juana y Gasparito. Son marido y mujer de un pueblo inmediato, que han venido á la feria*

*con uno de sus crios, Gasparito, y se llevan una carga de juguetes para él y para los demás.*

BERNARDO

¡A vé zi te ze cae er tambó, Gasparito! *Gasparito toca incesantemente una corneta.* ¿Quién yeva er cabayo?

JUANA

Yo lo yevo. ¿Y er tren?

BERNARDO

Er tren va en esta caja. ¿Y los cuernos? ¿Quién yeva los cuernos?

JUANA

Tú. Digo, no, que los yevo yo. ¿Y los cohetes?

BERNARDO

En las arforjas van. ¿Y la muñeca? ¿Quién yeva la muñeca? ¿Tú yevas la muñeca?

JUANA

Gasparito yeva la muñeca. ¿Y er tren?



BERNARDO

¡Dale! ¡Er tren va aquí!—¿Te quiés cayá con la corneta, niño, que me traes zordo?

MICAELA

¿Por qué no entráis á descansá una mijita y á esayunarse con unos biñuelos?

BERNARDO

Zi, zi; pa ezo vamos.

MICAELA

¡Ya lo creo que sí! Andá pa dentro, y ahí dentro contáis los juguetes!

BERNARDO

Deja, deja. ¿Quién yeva los cuernos?

MICAELA

¡Catalina, ven aquí! ¡Verás qué niño más presiosol

JUANA

¡Zuerte usté ar niño!

MICAELA

¡Si no me lo voy á comé! ¡Reposo! ¡Catalina!  
*De la caseta salen Reposo y Catalina, gitana virja. Entre las tres copan á los paletos, obligándolos á entrar en ella, detrás de los juguetes, que les arrebatan de las manos.*

BERNARDO

¿Quién yeva los cuernos?

JUANA

¿No te he dicho que los yevo yo?

MICAELA

¡Mirá que só de niño!

CATALINA

¡Ay, qué creatura!

REPOSO

¡Ay, qué lusero! Entrá á tomá unos biñolitos, que vais mu cargaos.

BERNARDO

¡No queremos na!

MICAELA

Roñoso, ¿vas á gastar lo to en juguetes? Trae acá, que te ayúe.

CATALINA

Dame tú.

REPOSO

Ven tú pa dentro, gloria.

BERNARDO

Pero ¿qué va á zé esto? ¡Zortá los juguetes!

MICAELA

Tú caya y ven.

JUANA

Pero ¿tú conzientes, Bernardo...?

BERNARDO

¡Oiga ustedé, zeñoral

MICAELA

Sos vais á chupá los deos de gusto.

## REPOSO

Cayá y vení.

## MICAELA

Cayá y vení.

*En medio de las protestas de las víctimas, de los trompetazos del niño y de las zalamerías de las gitanas, que, como se ha dicho, cargan con los juguetes, entran en la caseta todos. Por la derecha llegan doña Antonia, Carmela y Anibal, madre, hija y novio.*

## DOÑA ANTONIA

Ze me va, ze me va la vista.

## ANÍBAL

¿Eh?

## DOÑA ANTONIA

Que ze me va la vista, Aniba.

## CARMELA

Te lo dije, mamá; vas á tener debilidad: toma cualquier cosa antes de salir,

DOÑA ANTONIA

Encima e to no me lo agradeces. ¡Conque lo he hecho pa que no esperara tu novio!...

ANÍBAL

Muchas gracias, señora; pero no lo vuelva usted á hacer...

DOÑA ANTONIA

*Olfateando los buñuelos.*

Ze me va la vista, ze me va... Vamos á meter-nos en cuarquier parte. No zé zi aqueyo que está ayí ez un arbo ó un municipá... Y zi acierto que aquí cerca hay buñuelos es por el oló. Ze me va, ze me va la vista...

CARMELA

¿Te parece, Anibal, que entremos en esta caseta para que tome un tente en pie?

ANÍBAL

Sí, hija mía, sí... Si á tu mamá se le va la vista...

DOÑA ANTONIA

Ze me va... ze me va... No zé cómo no me cai-

go reonda. Necezito que ze me ziente el estómago.

ANÍBAL

(Pues como se le siente el estómago me he lucido, porque cualquiera lo levanta de la silla.)

CARMELA

Ea, vamos, vamos...

DOÑA ANTONIA

Vamos.

ANÍBAL

Pasen ustedes y pidan lo que gusten, que yo me voy á llegar por tabaco, y ya estoy aquí.

CARMELA

No tardes, gloria.

ANÍBAL

Descuida, cielo. Es á la esquina nada más.

DOÑA ANTONIA

Ze me va, ze me va la vista...

CARMELA

*A doña Antonia, aparte.*

(Mamá, como se te vaya mucho la vista, se me va á ir á mí mi novio.)

DOÑA ANTONIA

¡Qué ridiculez!

*Entran las dos en la caseta.*

ANÍBAL

*Mirando á su verdugo.*

Eso no es una suegra; eso es el carro de la carne. ¡Lo que tragal! A los diez minutos de almorzar ya se le va la vista. ¿Y qué hago yo ahora sin un céntimo? *A un amigo, que sale oportunamente por la izquierda.* ¡Hombre! ¡Me has salvado!

AMIGO

¡Caramba, lo que me alegro e vertel!

ANÍBAL

¡Eres mi providencial!



AMIGO

¡Y tú la mía! ¿Tienes ahí diez reales?

ANÍBAL

¡Si yo te iba á pedir un duro!

AMIGO

¿Pues qué te pasa?

ANÍBAL

Hijo mío, que apenas salgo con mi novia, empieza mi suegra: "Ze me va la vista, ze me va la vista...", y siempre se le va la vista adonde hay algo que comer.

AMIGO

¡Ja, ja, ja! ¡Qué gañote!

ANÍBAL

Ahí la tengo ahora mismo, y no quiero pensar en los buñuelos que va á comerse. Ayer me costó doce pesetas. ¡Doce pesetas en buñuelos, que se dice pronto! Le salían ya por las orejas. Si la coge un tranvía y tienen que hacerle la autopsia, no le encuentran más que buñuelos.

AMIGO

¡Ja, ja, ja!

ANÍBAL

Y tú, ¿para qué me pedías los diez reales?

AMIGO

Hombre, porque te conocí en la cara que me ibas á pedir un duro... y no creo yo que tenga obligación de costearle los buñuelos á tu suegra. Adiós, y ahórcala.

*Vase por la derecha riéndose.*

ANÍBAL

Mucho, sí, muy gracioso... Pero, ¿qué hago yo? "Ze me va la vista... ze me va la vista..." ¡Maldita sea su estampa! A mí también se me va la vista... á una casa de préstamos. Empeñaré, aunque sean los pantalones, ¡qué demonio!

*Márchase á escape por la izquierda. Eduardo, Paco y Luis, estudiantes, salen por la derecha.*

EDUARDO

Nada, nada; el primer número del programa es desayunarse y no pagar.

PACO

¡Pistonudo número!

EDUARDO

Y eso va á ser aquí.

LUIS

Y ahora mismo.

PACO

Sobre la marcha.

EDUARDO

Pedimos unos buñolitos y unas copas; sin abusar, ¿eh? A la hora de pagar armamos pendencia; que tú, que yo, que eso no me lo dices en la calle; salimos á matarnos... y ya en la calle... vamos á ver quién corre más.

PACO

Y luego nos vemos en el Arquillo de Mañara.

LUIS

Eso es.

EDUARDO

¡Lo mismo que el año pasado!

*Sale Micaela.*

MICAELA

¿Digo, eh? ¿Tres mositos güenos aquí, sin entrá en mi casiya?... ¿No tomáis unos biñolitos, serranos?

PACO

¿Los tomamos, niños?

MICAELA

¿Pa qué se lo preguntas? ¿No estás viendo que tienen gana?

EDUARDO

¡Vamos á tomarlos!

MICAELA

¡Ole los mositos con ange!

LUIS

Los tomaremos, sí.

MICAELA

¡Viva er rumbol! Anda tú, bigote de charó. Anda tú, ojijos de enamorao. ¡Reposol! ¡Ahí va lo mejó de Seviya! ¡Sirvelos bien, pa que güervan mañana! *Entran en la caseta los estudiantes.* Esto se anima; esto va á sé la Casa e la Monea. ¡Cocholate con biñuelos! ¡Abri los ojos! *A un señor grave, de nariz desafortada, que viene por la izquierda.* ¡Ya era hora... señó corrigió!

SEÑOR

Paso, paso.

MICAELA

*Impidiéndole seguir.*

¿Ande vas tan serio en un día de fiesta, saleroso?

SEÑOR

A mí no tiene usted por qué tutearme.

MICAELA

¡Jesús, qué geniol! ¿No has matao er gusaniyo esta mañana?

SEÑOR

Ni que decirme chocarrerías, porque no las admito.

*Se va dignamente por la derecha.*

MICAELA

¡Ay, er tío, qué mar fayó tienel! ¿Te has escapao der sementerio, siprés?

SEÑOR

*Dentro.*

¡O se calla usted ó llamo á un guardia!

MICAELA

¿Qué vi á cayarme yo, carcamonía? ¡Yama á un afilaó pa que te afile la nari, que farta te jase! ¡Si te yega á nasé en la esparda, no te pués acostá boca arribal! ¡Anda ya, esmayao! ¡Vete á una serería y que te cuerguen en el escapate con los otros sirios!

*Salen por la derecha don Pedro y don Pablo, vestidos de negro. A la legua se echa de ver que son gente de iglesia.*

DON PEDRO

Pos como le digo á usté, er Consilio de Trento... ¿usté me comprende?..

MICAELA

¿Hola? ¿Vais á pasá de largo, presiosos?

DON PEDRO

Déjanos en paz.—Er Consilio de Trento...

MICAELA

Pero, ¿no queréis tomá una copita?

DON PABLO

Déjanos, mujer, déjanos.

DON PEDRO

Er Consilio de Trento...

MICAELA

¿Me vais á hasé á mí ese desaire, vaniosos?



DON PEDRO

¡Que nos dejes, te digo!—Er Consilio de Trento...

*Sale Reposo como si la hubieran llamado.*

MICAELA

Reposo, ¿tú no ves? Diles tú algo á estos señores, que van mu embebíos.

REPOSO

*Acercándoseles y estorbándoles el paso con zalamería.*

¿Ande vais que mejó sos quieran, salerosos? Andá, simpáticos: mercá media librita. Estos biñuelos son asuca. Yo misma se los serviré á sus mercedes. ¡Ea, desidirse y no pensarlo más!

*Don Pedro y don Pablo se han mirado y han cambiado de ideas ante la cara de Reposo.*

DON PEDRO

¿Entramos, don Pablo?

DON PABLO

Entraremos, don Pedro.

DON PEDRO

Se ponen tan pesás estas mujeres...

REPOSO

Vení, vení conmigo.

DON PEDRO

Pos ya le digo á usted: er Consilio de Trento...

MICAELA

Dios sos lo pague, rumbo der to.

*Entran los dos en la caseta, detrás de Reposo. En seguida salen de ella, con su preciosa carga, Bernardo, Juana y Gasparito, que cruzan hacia la derecha.*

BERNARDO

¿Quién yeva los cuernos ahora?

JUANA

Yo los yevo también. ¿Y er cabayo?

BERNARDO

Er cabayo va aquí. ¿Y er tren?

JUANA

Er tren lo yeva er niño.

BERNARDO

Pos vámonos.

JUANA

Vámonos.

MICAELA

Que gorváis mañana, güena gente.

BERNARDO

Gorveremos, zí.—¡Niño, no toques más la  
arrastrá corneta!

*Se van. En el interior de la caseta suenan  
de improviso gritos de pendencia entre los  
estudiantes. A poco salen de ella desafia-  
dos, seguidos de Reposo y de Catalina.*

MICAELA

¡Jesús! ¿quién riñe? ¿Qué pasa ahí? ¡A vé si  
me rompéis los platos!

EDUARDO

¡Eso no me lo dices tú aquí fuera!

PACO

¡Aquí y en todas partes!

LUIS

¡Pero, hombre... por una tontería...! Pero ¿vais á pelear dos amigos?

*Siguen chillando é insultándose. Luis trata de contenerlos y separarlos. Surge en esto Anibal á todo correr y se encuentra sin comerlo ni beberlo metido en el fregado.*

ANÍBAL

¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

REPOSO

¡Que no han pagao, Micaela!

CATALINA

¡Que no han pagao!

MICAELA

¿Que no han pagao? *Agarrando por un brazo á Anibal.* ¡Ven acá tú, lombri!

*Los estudiantes escapan según sus intenciones. Las tres gitanas caen sobre Anibal.*

CATALINA

¡Tú no te escapas!

MICAELA

¡Suerta los parneses!

ANÍBAL

¡Pero si yo no venía con éstos!

REPOSO

¡Afloja las moneas!

MICAELA

¡Sablaso, paga ya, ó te jasemos tiras!

ANÍBAL

¡Yo no pago lo que no debo!

CATALINA

¿Que no pagas?

## REPOSO

¿Que no pagas tú, sanguijuela? ¡Verás tú si pagas ó no!

*Entre las tres le quitan el gabán. Aníbal queda en mangas de camisa.*

## ANÍBAL

¡Protesto! ¡protesto! ¡Esto es un atropello indigno! ¡Protesto! ¡Guardia! ¡guardial

## MICAELA

Pero ¿vienes sin chaqueta, escurrió? ¡Yevarse er paletón hasta que paguel

## CATALINA

*Metiéndose en la caseta con Reposo.*

¡Aquí dentro lo tienes en er guardarropa, la-gartijal

## REPOSO

¡Entra por é si te da frío, arcayatal

## ANÍBAL

¡Horrible; horrible! ¡Ah... chis! ¡Se ve que he empeñado la americana! ¡Horrible! ¡Ah... chis!

*Doña Antonia y Carmela salen de la caseta y se alejan por la derecha, menospreciando al pobre Aniba'. Doña Antonia lleva en la mano, ensartadas, dos ó tres docenas de buñuelos.*

DOÑA ANTONIA

¡Quéze usted con Dios, zo trampo! ¡Lo que le zobra á mi niña es quien le pague los buñuelos á zu mamá!

CARMELA

¡Eso, eso!

DOÑA ANTONIA

¡Ez usted un boqueras!

CARMELA

¡Eso, eso!

ANÍBAL

¿Tú también, cielo mío?—Nada, que no tengo más solución que abonar el gasto de aquellos bribones, rescatar mi gabán... y tirarme al río de cabeza. ¡Ah... chis! ¡Ah... chis!

*Éntrase desesperado en la caseta, estornuando fuerte.*



## MICAELA

¡Ahí, ahí; á sortá lo que debes, esbaratao! ¡Permita Dios que si no pagas te dé una purmonía en los deos!

*Al público.*

Mis biñuelos son canela;  
en Seviya tienen fama...  
Si queréis una librita,  
yamá, tocando las parmas,



IX

LA ESTRELLA DEL GÉNERO ÍNFIMO



El escritor ha encabezado así una blanca cuartilla. Con ese título denomina á la artista de *varietés* (¿y por qué no de variedades?), por no hallar en castellano palabra que resuma y compendie de modo expresivo la multiforme diversidad de matices de esta mariposa de colores de un arte moderno, que hoy vuela triunfadora por todos nuestros escenarios. Artista que no es bailadora de café cantante ni bailarina de zarzuela ó de ópera; que no es tampoco cantadora de lo flamenco ni tiple por lo fino, y que, sin embargo, y en general, algo tiene de éstas y de aquéllas revuelto y fundido con algo también original y propio. Flor de nuestra vida actual, ha merecido la estrella del género ínfimo la atención de todos, cultos é incultos, refinados y vulgares, apasionados é indiferentes. La masa anónima la festeja, la aplaude y la aclama, convirtiéndola en

ídolo de unas horas; la prensa da á la estampa gran profusión de retratos suyos, colmándola de los más lisonjeros elogios; los poetas la cantan con fervor y entusiasmo; los pintores la pintan con deleitosa complacencia... Es propiamente una heroína de estos tiempos.

El escritor desea dedicarle un buen rato; hacer á cuenta de ella un ligero estudio, entre psicológico y de costumbres. Ha evocado en su fantasía el recuerdo, lejano ya, de boleras y tonadilleras, de cantadoras y bailadoras de tablado, ensalzadas por castizas y académicas plumas: *la Celinda, Almanzora, la Caramba, María de las Nieves, la Perla...* Y poco á poco, como al impulso de aire de danza, han ido acercándose á él hasta encantarle, cual si las tuviese presentes en persona, las más famosas entre cuantas estrellas de estos tiempos ha podido admirar por sus propios ojos, en Madrid, en Barcelona, en Sevilla... Ya era Consuelito *la Fornarina*, de lindo rostro y gentil donaire; ya Pastora Imperio, arrogante y gallarda, que al levantar los hermosos brazos parece que va á ceñirse una corona; ya Amalia Molina, la de los negros ojos, toda pasión y simpatía, salero y garabato; ya

Tórtola Valencia, en sus extrañas y caprichosas danzas; ya *la Goya*, que en plena juventud y fragancia evoca tiempos viejos; ya Antonia *la Argentina*, maliciosa de cara, airosa y flexible de cuerpo, cuyos palillos son arpa de oro; ya Encarnación *la Argentinita*, que gira y vuela como pluma en el aire... Y luego otras, y otras, y otras más, y cien y mil—porque bien pueden ser llamadas *estrellas* también por el número—, si no tan apreciadas y luminosas como las ya nombradas, de idéntico ó parecido linaje, casta ó abolengo. *La bella Lucerito*, *la Rondeña*, Consuelo Marín, *Amapola*, Mercedes Gallardo, *la Chispita*, *la Morenilla*, etc., etc.

Un nombre saltó de pronto en su magín: Rafaelita Espejo. Esta simpática y dicharachera andaluza, quizás del Puerto de Santa María, acaso de la Macarena ó de Triana, graciosa y desenvuelta en el baile, picaresca en el canto, bien podría servirle de modelo para su propósito. Y como, por feliz coincidencia, Rafaelita estaba en Madrid, ni corto ni perezoso se plantó en su casa, decidido á charlar con ella para arrancarle sus secretos, investigar su vida y costumbres, oírla hablar de su arte, observar su curioso aposento...



## II

Lo primero que oyó el escritor al llegar á la puerta de la casa de Rafaelita Espejo, después de subir ciento veinticinco escalones—al fin *estrella* —, fueron las teclas de un piano que llamaba á voces al afinador. Ladró luego un perro; chilló, mandándolo callar, una vieja; se irritó el canino, y comenzó entonces una agria competencia entre los ladridos y el tecleo, tan enconada y tan confusa, que malamente se podía diferenciar qué sonidos salían del gañote del irritado animalito, cuáles de la caja sonora del piano.

—¡Caya, *Bermonte*, caya!—gritó, en neto andaluz, otra voz femenina de alguien que un instante después preguntaba tras la mirilla de la puerta:

—¿Quién?

—¿Está Rafaelita?

—¿Rafaelita? ¿Qué desea usted?

—Deseo verla.

—¿Y usted quién es? — ¡Caya, condenaol ¡Agüela, yame usted á este bicho! — ¿Usted quién es?

—Un amigo suyo, periodista. Dígale usted que está aquí Juan Martín.

Se cerró la mirilla; hirió el aire un lastimero aullido de *Belmonte*, delator de escobazo ó de puntapié; calló de improviso el piano; sonaron carreras y cuchicheos por el pasillo, y en seguida se le franqueó la puerta al escritor, previo rápido descorrer y abrir de cerrojo, llave, picaporte y cadena. Indudablemente en la casa se guardaba un tesoro.

Una muchacha, no mal parecida, lo guió por el oscuro pasillo á la sala. El pasillo tendría hasta tres ó cuatro metros de largo, y en cada metro había un baúl. Un gato negro, que minutos antes dormía sobre uno de ellos, al ver á Juan Martín se asustó y huyó como una flecha. Juan Martín, al pasar, observó un perchero harto débil para la atrumadora carga de sombreros, gorras y bufandas que soportaba. Y entró en la sala á tiempo que escapaba de allí, aunque no

tan á prisa como el gato, un señor viejo en mangas de camisa.

—Es er tito—advirtió la muchacha. Y añadió—: Tome usted asiento, que ahora sale.

—¿Es usted hermana de Rafaelita?

—No, señó: yo soy su prima de eya.

—¿Artista también?

—La acompaño... y argo se pega. Usted disimule.

Desapareció la prima de Rafaelita. En esto, Juan Martin oyó otra voz que preguntaba:— ¿Ande vas tú, Frasquito?—Después sintió llorar á un nene. Pero ¿cuánta gente vivía en aquella casa?

La sala no dejaba de ser pintoresca: no había un cuadro derecho. En un rincón abría amenazadora su boca la horrenda bocina de un gramófono. Ante un balcón había un canario en jaula de pie. Del lado de la calle, en el mismo balcón, un loro se pedía la patita y se reía de cuando en cuando sin motivo alguno.

Llegó *Belmonte* precediendo á su ama, agitando el rabo muy á buenas y solicitando para sí, con la inquieta lengua, la amistad del recién llegado. Rafaelita entró acompañada de dos indivi-

duos de extraño porte. Hubo los saludos y las presentaciones de rigor.

—Er maestro Tortosa. Mi amigo Manolo... Manolo... Siempre se me orvía el apeyío.

—Berrachina—articuló Manolo.

—Eso—afirmó la estrella, sin atreverse á repetirlo. Y agregó, completando la presentación:—*Autó de cuplés.*

El maestro Tortosa era gordo, bajo, y tenía los ojos tan unidos, que no parecían dos, sino un solo ojo que le atravesaba la nariz. El que pudiéramos llamar *poeta de cámara* era alto y flaco, peinaba tufos negros, que le cubrían las sienes, y llevaba al cuello un pañolito de seda verde pimiento, expresivo símbolo tal vez del color de su musa.

Despidiéronse sobriamente de Juan Martín, y Rafaelita los dejó en la puerta, diciéndoles:

—Güeno, hasta mañana. Que me hagas las ermiendas, tú, *Berrenchín.*

### III

Era Rafaelita Espejo pequeñita y nerviosa, trigueña de color, de flechadores ojos y de boca risueña, fina de pies y manos. Hablaba mucho y bien, aunque pronunciado á su manera, y daba singular expresión y valor á cuanto decía, con sus ademanes, posturas y gestos, atractivos en alto grado. En la mejilla derecha tenía un lindo lunar, que no se estaba nunca quieto.

—¿Ensayaba usted?—le preguntó nuestro escritor cuando la tuvo frente á frente.

—Sí, señó. Pero siéntese usté. En esa siya, no, que cojea de una pata. Aquí en la butaca estará más cómodo.

Y quitó de la butaca, para que se sentara Juan Martín, unos zapatitos de raso celeste.

—Estaba ensayando—continuó—un *cuplé* mu bonito: er *Betunero*. Toavía no lo he cogio der to.

Y principió á canturrear con naturalidad graciosa:

*Saca, saca, saca briyo  
mi sepiyo...*

—No es así, no.

*...saca briyo  
mi sepiyo...*

—No, no es así. Pero tiene ange. Esos muchachos tienen ange.

—¿Son los autores?

—Sí. Me han escrito ya muchos. *Agüita, agüita...* también es de ojos dos. ¿No conose usted *Agüita, agüita...*?

—No recuerdo ahora.

—¿Ni *Sepárate, que manchas?*

—Tampoco.

—Pos ése es mu grasioso.

*Sepárate, que manchas,  
sepárate, que manchas, Paco,  
sepárate, que manchas...*

Es mu grasioso. Er *Vendeó de griyos* sí lo habrá usted oído la má de veces. ¡Es de los primeros que yo saqué!

—¡Ya lo creo!—afirmó Juan Martín para no confesar su absoluta ignorancia.

—Pos ahora tengo un baile nuevo que va á sé un esitaso. Mu movío, ¿sabe usted? pero mu desente. Va á sé un esitaso.

—¿Cuándo lo veremos?

—Si va usted á Seviya, er mes que viene.

—¿Se marcha usted á Sevilla ahora?

—Sí. Pa veinte funsiones. Y luego á Badajó. Y luego á Trujiyo. Y luego á Córdoba. Y luego á Anduja. Esta es la *turné*.

—¿Y al extranjero, no ha ido usted nunca?

—A Inglaterra han querío yevarme ya por dos veces; pero me dan mico las neblinas. Y pa Rusia también tengo contrato en blanco. Ayé estuvo el empresario aquí. ¿Ande habré yo echao la tarjeta? ¡Un apeyío tiene con más kas!

—¿Con más qué?

—¡Con más kas! ¡Con más letras de esas que aquí nadie usa!

—¡Ah, vamos!



—Y er *gachó* habla un español que paese chino. Pero nos entendemos en francés.

—¿Sabe usted francés?

—Lo *chaporreo*.

—Me debe usted un retrato, Rafaelita.

—Yo se lo firmaré á usted con mucho gusto— dijo ella, y en sus ojos se pintó el pavor á la dedicatoria.

Siguió la charla entre la estrella y el observador. El alma de la heroína se transparentaba en sus palabras. Con efusión simpática charló de todo cuanto hay que charlar... De su nacimiento en un corral de un barrio pobre; de las seguidillas que bailaba con otras chiquillas en mitad del arroyo ó en las *Cruces de Mayo* de su barrio; de la *cosa interiõ* que ella sentía cuando bailaba; de un novio que tuvo *ya mosita*; de que era platero; de que *eya se dejó convensé*; de lágrimas, de infortunios y de traiciones; de cómo le entró la *afición ar trato*—ella entonces decía *trato*—; de las *ducas negras* que en los comienzos de su carrera pasó, soñando con la popularidad y con las pesetas; de cómo le sonaron las *primeras parmas*; de la gente que á su sombra vivía...

Con calor habló de su arte, sobre el que te-



nía ideas muy simples pero muy firmes y concretas. Ella sabía muy bien lo que les gustaba á los públicos.

—Más gracia y más podé tiene un guiño á tiempo—dijo á este propósito—, ó un “¡cariño!” metío con oportunidá, que una lesión de baile mu ajustao ó una tirá de gorgoritos.

Orgullosa, reseñó sus más grandes triunfos. Su vanidad era candorosa. Como de la mano pasó á hablar de sus compañeras... Juan Martín averiguó entonces todo lo que quería y más. ¡Cuántas historias, todas iguales y todas diferentes!

Fulanita, nacida en míseros pañales, había encontrado en el teatro la satisfacción de sus anhelos más inconscientes y la seguridad del pan para los suyos; Zutanita, en cambio, halló en él la redención de una vida viciosa que ya iba cuesta abajo... Ésta pasó de señorita sin fortuna á cancionista aplaudida y mimada; aquélla convertía el tablado en escaparate de su persona... El origen de casi todas ellas era el pueblo. Para muchas, el arte fué un refugio; para no pocas, fueron tal vez el hambre ó el vicio los estímulos de la vocación dormida. Y así como había refe-

rido antes amarguras y desengaños de amor, así refirió luego tristezas y penalidades de su arte, de su oficio ó como se le quisiera llamar. Y recordó, para fin y corona, una frase que en cierta ocasión le dijo ella á una actriz eminente, y que es indispensable transcribir aquí:

—Ustedes las cómicas no sabéis lo que sufrimos nosotras las artistas.

El escritor no quiso oír más. Volvió á pedir el retrato de Rafaelita; ella le dió á escoger entre muchos de los infinitos tipos que había creado, y él eligió uno en que la estrella aparecía vestida de gitana. Rafaelita entonces exclamó:

—Con permiso de usted. Vi á firmarlo.

Se fué y volvió á los diez minutos, chupándose un dedito manchado de tinta.

La dedicatoria decía de esta manera:

“A mi amigo Juan Martín, su amiga su amiga, Rafaela Espejo.”

—Me he equivocado y he puesto *su amiga* dos veces. Güeno: más amiga, ¿es verdad?

—Eso es: dos veces amiga.

.....

Tornó á su casa el escritor. Su cabeza hervía con el chisporroteo de la sugestiva conversación

de la andaluza. Sobre su mesa de trabajo halló la cuartilla encabezada así: "La estrella del género ínfimo."

Colocó el retrato de Rafaelita de frente á él. Sus ojos, traviosos y profundos, parecía que lo miraban como excitando su fantasía y alentando su pluma... Y se puso á escribir animadamente.

X

ENTREMÉS DE LA PITANZA

*A D. Pedro Ruiz de Arana.*



Una plaza en Sevilla. A la derecha del actor, en primer término, un banco de piedra. Es de día.

*El señor Clemente, cochero de punto que tiene la parada allí cerca y que almuerza y come en aquel banco, sale por la derecha del actor y mira hacia la izquierda de muy mal temple. Es que se retrasa el almuerzo más de lo justo.*

#### SEÑOR CLEMENTE

Pos señó, güeno está; se conose que mi mujé tiene ya la barriga yena. La una er día, y sin paresé con el armuerso. ¿A que se le ha orvidao á la mu bruta? ¡Mardita sea la hora en que un cochero se casó! ¡Así cayera un rayo en mi casa, y la partiera primero á eya, y luego á mi cuñao, y después á mi cuñá... y aunque queara una chispita pa los niños no se perdía gran cosal ¡Jinojo, cómo me tiene la familia!... *Mirando hacia la derecha.* Hombre, me alegraré que aquer señorito der *caki* me quiea tomá por horas; que como

no traiga dos güevos fritos en la cartera, lo va á yevá su padre. Vamos, me perdona la vía: pasa e largo... Pué que no yeve suerto. A lo mejó estos de los pantalones doblaos sin que yueva, tienen un duro pa to er mes... Así se peinan con tanto pelo: pa tené que pelarse poco. Y mi armuerso sin asomá por ningún lao... ¡Mardito sea Morón! ¿En qué estará pensando mi gente? ¿Habrá cogío un elértrico á mi señora? ¿La habrá matao una teja? ¿Se le habrá caío ensima un baú? No quieo formá castiyos en el aire...

*Sale por la derecha Andrés, mocito del pueblo.*

ANDRÉS

Dios guarde á usted, scñó Clemente.

SEÑOR CLEMENTE

Hola.

ANDRÉS

¿Está usted güeno?

SEÑOR CLEMENTE

Sí, hijo, sí.



ANDRÉS

Ya sé que la familia está güena...

SEÑOR CLEMENTE

Sí, la familia sí. ¡Güena está la familiar!

ANDRÉS

¿Qué le pasa á usté, señó Clemente?

SEÑOR CLEMENTE

¡Malas digestiones que hace uno!

ANDRÉS

¿Sí, verdá? Lo mismo tengo yo á mi madre.  
¿Por qué no toma usté una poquita é servesa antes de las comías, pa abrirse el apetito?

SEÑOR CLEMENTE

¡Guasón, si lo que estoy es desmayao!

ANDRÉS

¡Ay, qué gracia! Siempre de güen humó...

SEÑOR CLEMENTE

¡Siempre! Santa Lusia te conserve la vista.

ANDRÉS

Pos yo, pasaba por aquí, y como lo vi á usted desocupao y hase dos ó tres días que le quiero hablá de un asunto...

SEÑOR CLEMENTE

¿De un asunto, tú?

ANDRÉS

Pué usted carculárselo... En er tayé me han subío er jorná... y Jesusa y yo habemos pensao formalisá lo nuestro.

SEÑOR CLEMENTE

*Mirando á todas partes y escupiéndose en una mano.*

¿Ande he puesto yo er látigo, hombre?

ANDRÉS

¿Er látigo? ¿Pa qué quíe usted er látigo?

SEÑOR CLEMENTE

¡Pa crujirtelo ensima y que sargas corriendo por ahí hasta que pierdas los tacones! ¡Mardito

sea Morón! ¿Pos no me pregunta que pa qué quieco er látigo?

ANDRÉS

Pero, señó Clemente...

SEÑOR CLEMENTE

¡Pero, señó Jinojo! ¿Qué te has creío tú? ¿Que porque te deajo hablá con mi niña, porque se me caen los pantalones de güeno, vi yo á consentí que tú te la yeves lo mismo que me yevé yo á mi mujé? ¡Vamos, quita! ¡Vale mi hija como siete veses más que su madre! ¡Y vales tú como setenta veses menos que yo!

ANDRÉS

Pero, señó Clemente...

SEÑOR CLEMENTE

¡Que te cayes, hombre! ¡Toavía no ganas tú ni pa costearle á mi niña er jabón que gasta!

ANDRÉS

Pero ¿no oye usté que me han subío er jorná?...

## SEÑOR CLEMENTE

¡Me alegro! Compra una arcansía pa los ahorros. ¡No nesositaba yo en mi casa más que un nielo con la cara e tu madre!

## ANDRÉS

¡Con mi madre no se tiene usté que meté, señó Clemente!

## SEÑOR CLEMENTE

¡Pos no la saques á la caye más que en Carnavál!

## ANDRÉS

¡O se caya usté ó vamos á tené un dijusto!

## SEÑOR CLEMENTE

¡O te cayas tú ó te sarto un ojo!

## ANDRÉS

¿A mí?

## SEÑOR CLEMENTE

¡A tí!

ANDRÉS

Si no mirara quién es usted... Pero esto es asesinarlo á uno, señó Clemente... Yo le diré á Jesusa lo que ha pasao.

SEÑOR CLEMENTE

Pué que se lo diga yo primero.

*Acción de pegar.*

ANDRÉS

Como le toque usted ar pelo e la ropa...

SEÑOR CLEMENTE

¿Qué?

ANDRÉS

¿Que qué?

SEÑOR CLEMENTE

Sí; que qué.

ANDRÉS

*Reprimiéndose.*

Na.

SEÑOR CLEMENTE

Pos na.

## ANDRÉS

Le vale á usté... le vale á usté... Quéese usté con Dios: no quieo perderme.

*Se va de estampía.*

## SEÑOR CLEMENTE

¡Como si vas y te tiras ar río! ¡Me da lo mismo! ¡Mardito sea Morón! ¿Pos no se quié casá con mi hija con dos reales tos los sábados? ¿Qué pensará darle de bebé? ¡Porque supongo que en comé no habrá pensao! ¡Jinojo con er niño! ¡Si le digo á usté que hoy por la mañana me está á mí haciendo farta un barreno!

*A Jesusa, que llega por la izquierda con un portaviandas y una botella de vino.*

¡Vamos, hombre! ¡Ya quiso Dios! ¿Es que se ha parao er reló de la Plasa Nueva, verdá? ¿Y tu madre? ¿Por qué no ha venío tu madre como tos los días? ¡Tenía yo gana de darle una sopita hoy!

## JESUSA

Yo le diré á usté lo que ha pasao.

## SEÑOR CLEMENTE

No me digas na si no quiés que de un guan-

tasó te esbarate la cara. ¿Te paese á ti ni medio bien que er cabeza e familia yeve aquí una hora renegando de la familia, y de la cabeza, y der Dios que lo crió, y de la comadre que lo trajo ar mundo?

JESUSA

Pero, padre, si no me deja usté que le explique...

SEÑOR CLEMENTE

¡Como que estoy yo pa escuchá disculpitas con el hambre que tengo! Destapa eso ya, y vamos á vé lo que me traes; que no fartaba más sino que fuea bacalao con tomate, que siempre me hase daño. ¡Mardito sea Morón! ¿Pa qué estaría ese pueblo en er mapa cuando era yo sortero? ¿Qué delito habré yo cometío pa que me toque esa mujé, que es una ruina? Una mujé fea, una mujé bruta, una mujé arisca, una mujé puerca...

JESUSA

¿También puerca, padre?

## SEÑOR CLEMENTE

¡Puerca y retepuerca! ¡Se lava con saliva, como los gatos!

## JESUSA

Vamos, vamos; siéntese usted aquí y coma usted, que mientras coma usted no hablará lo que no es presiso.

## SEÑOR CLEMENTE

*Principiando á comer.*

¡No, si no vi á tené siquiea er derecho der pataleo! ¡Jinojo qué egoísmo! ¡Ya que me haséis la santísima pascua entre tos, dejarme que chiye! ¿Tú no ves que si yo no chiyo reviento? Estése usted to er día ar só, y al aire, y al agua, y á los rayos ensendíos que les dé la gana e caé—porque el arquila atrae la elertrisidá—, y luego vaya usted á su casa y encuentre usted á su mujé con las greñas corgando y la cara susia, y á su cuñao—¡sinvergüensa, ladrón, lisensiao e presidio, mar tiro le den, así lo ajorquen!—borracho perdió jugando á las cartas, y á su cuñá chuleando con los



vesinos, y á ti charlando con er *jambarrera* e tu novio...

JESUSA

¿*Jambarrera*?

SEÑOR CLEMENTE

¡*Jambarrera*, sí! Te lo digo á ti y se lo he dicho á é hase dos minutos.

JESUSA

Pero, ¿ha estao aquí ya?

SEÑOR CLEMENTE

Ya ha estao. ¡Por lo visto se habiais dao sita

JESUSA

¿Y qué han hablao ustedes?

SEÑOR CLEMENTE

Casi na, porque no se lo he consentío.

JESUSA

¿De verdá, padre?

## SEÑOR CLEMENTE

¡No, que juego! ¡Que se haga un hombre y gane los cuartos, aunque sea enseñando á la madre á perra gorda, y entonses pué que si viene á hablarme de ti yo no le rompa una espiniya! Pero mientras eso no suseda y ande lampando e hambre, ¡qué jinojo vi yo á tratá con é de casamiento! Échame vino. *La muchacha, gimoteando, lo obedece.* Y no me hagas pucheros, que es peó. *Bebe.* ¿Esta tortiya la ha guisao tu madre?

JESUSA

Como siempre.

## SEÑOR CLEMENTE

¡Te he dicho que no me hagas pucheros! Y pa que veas tú que soy justo, reconozco que la tortiya está güena. Una cosa es que yo no trague á mi mujé, y otra cosa es haberme tragao la tortiya. *Vuelve á beber.* Er vino no es er mismo.

JESUSA

No, señó, que es otro.

## SEÑOR CLEMENTE

Mejó,

JESUSA

Mejó. Un reá más caro.

SEÑOR CLEMENTE

¿Y a qué viene este lujo?

JESUSA

Si to eso es lo que le iba á usted á explicá; sino que cuando usted se pone de esa manera lo que hay que hasé es cayarse.

SEÑOR CLEMENTE

Pos ¿qué ha susedió?

JESUSA

Que á tito Julián le han caído diez duros á la lotería.

SEÑOR CLEMENTE

¿Y mi cuñado?

JESUSA

En er dósimo que el otro día se encontró en la caye.

SEÑOR CLEMENTE

¿Le paese á usté? Tos los granujas tienen suerte.

JESUSA

Y de ér salió darle á usté una sorpresa: comprarle mejó vino y traerle menúo, que sabe que le gusta á usté.

SEÑOR CLEMENTE

*Con súbito gozo.*

¿Pero me traes menúo?

JESUSA

Ahí viene; sí, señó.

SEÑOR CLEMENTE

Es un orsequio que yo estimo: la verdá.

JESUSA

Madre lo ha guisao: ¡está más güeno!... Por eso ha sío er vení más tarde.

SEÑOR CLEMENTE

Ha sío por eso, ¿eh? ¡Sí que güele á glorial Como que tu madre pué guisá en er palasio de

os reyes en Madrí. La verdá es la verdá. Y está dicho. Hombre, en Madrí le yaman á esto cayos. ¡Las cosas!... Échame otro vasito, que le vi á hasé la cama.

JESUSA

Tome usté.

SEÑOR CLEMENTE

*Luego que empina el codo.*

¡Pobresiyo mi cuñaol! Ahí tienes un hombre, que será to lo que se quiera, pero que no le farta corasón, y que es agradesio. *Empieza á devorar el menudo.* ¡Clarol! Ér no pué orvidá que yo los cogí de mitá e la caye á é y á su hermana, y partí con eyos er cacho e pan que gano pa ustedes. Eso, un hombre e bien no lo orvía. ¡Lástima que tome esas monas er *pajolero!* Porque eso, sí, está dominao por er vino.—La arrastrá e tu madre ha cargao la mano en la pimienta, porque sabe que es mi debilidá... Échame otro vaso.—Y cuidao que yo se lo he dicho veses: “Julián, que tú eres una persona esente; que cres un cabayero; que eres un hombre de pundonó... Bebe, pero no escandalises...” Y se lo digo, porque lo quiero.

¡Como quiero á Pastora, su hermaniyal! ¡Me vienen á mí con que si chulea ó no chulea! ¡Señó, hay que ponerse en las sircustansias! La chiquiya es una jaca e pura sangre: es bonita, es bien andá, tiene mucho fuego, le gustan los hombres como á toas, y quié conosé er mundo, porque le pica la curiosidá... ¿Y por eso vamos á mormurarla? ¡Ni que estuviéramos aquí entre frailes y monjas! ¿Ha fartao en argo á la desensia? ¿Se ha extralimitao en tanto asín? No; porque yo no se lo hubiera consentio. Ni yo, ni tu madre, que tú sabes cómo las gasta, y la palisa que te dió á ti cuando te vió hasé aqueyo. Acuérdate. Y te arvierto que á mí me dijustó. . Sí, porque yo he tenio veinte años... y sé que á los veinte años no están las cosas como á los cincuenta.—¡Jinojol! Me he tragao un cachiyo e choriso que me ha dejao la nuez en carne viva. *Bebe otra vez. Con esto se cura.*—Pero tu madre es inflersible en ese terreno. Hase bien, ¿eh? Dios me libre de criticarla. Tu madre es una mujé que tiene sus defertos, que tiene sus flacos, como ca quisque—porque fartas hasta las estatuas las tienen—; pero que puesta á educá sus hijos, como ha educao á tu hermano y á ti, y á sé lo que se yama una mujé de su casa, no hay en Seviya cua-

tro que le puean dá lersiones, ¡qué jinojo! La justisia es justisia. Y si no, aquí estás tú. A muchas señoritas de esas der pan pringao quisiea yo vé arterná contigo. Tú sabes saludá, tú sabes despedirte, tú sabes dá una explicación, tú sabes ofresé tu casa, tú no te cortas delante e nadie... en fin, tú vas adonde vaya la primera. Así estamos tu madre y yo, mirándonos los dos en er pimpojo que Dios nos ha dao.—Si me traes más, más me como... ¡Miá que hace un día! Hasta caló tengo...

JESUSA

Como que ha comió usté por media osena.

SEÑOR CLEMENTE

¡Jel! Cuando pasan rábanos... Oye, Jesusiya, ¿cómo es aqueyo de...?

*Cantando.*

Rabanera, rabanera,  
véndame usté un rabanito...

JESUSA

*Riéndose.*

Ay, padre, cáyese usté por Dios, que va á cambiá er viento.

## SEÑOR CLEMENTE

¡Je! Malamente lo hago. Un sigarriyo ahora...  
¡Güeno está!... ¡Que ruede er mundo hasta que se  
canse!

## JESUSA

*Mirando de pronto hacia la derecha.*  
Padre, que lo yaman á usted.

## SEÑOR CLEMENTE

No me da la gana de í.

## JESUSA

Miste que es un señorito, padre.

## SEÑOR CLEMENTE

¡Pos por eso! ¡Que arquile una burra!

## JESUSA

Tira usted er negocio por la ventana.

## SEÑOR CLEMENTE

¡Y tiro á un Hércules de la Alameal! ¡Eso es!...  
Un día es un día... ¡Mía quien va ayí!... *Llaman-*



do. ¡Andrés! ¡Andresiyo! ¡Ven acá, hombre, ven acá!

## JESUSA

¡Ven acá, Andresiyo! *Aparece Andrés por la izquierda, mirando receloso al señor Clemente.* Asírcate, que no hasemos daño.

## SEÑOR CLEMENTE

Tómate un vaso e vino á mi salú. *Andrés se queda estupefacto.* ¡Tómatelo, simple! *Andrés bebe maquinalmente.* ¿Es güeno, eh? *Aludiendo á su hija.* ¡Y no te yevas na! ¡Podría está la criatura! Eso es lo que tienes tú, que eres corto e vista y no has sabío fijarte. Y lo peó de la chiquiya es la cara, pa que te enteres; porque en lo morá... en lo morá es un estornudo e su madre, que debía está en la Historia España. ¡Bendito sea Morón, que la ha criaol!

## ANDRÉS

Pero... ¿habla usted en serio, señó Clemente?

## SEÑOR CLEMENTE

¿Pos á quién mejó que á ti le vi yo á dá mi

niña? ¡A ti, que sé que eres un hombre trabajaó y honrao, capaz de sacá un duro de debajo una piedra donde lo haya! ¿Qué? ¿Que ahora apenas tienes jorná? ¡Tampoco vas á casarte esta noche, qué jinojo! A lo mejó se les pïen imposibles á argunos hombres. Y en úrtimo caso, ahí está mi coche, y aquí estoy yo pa que no les farte á ustés ni agua bendita.

ANDRÉS

Es usté mu güeno, señó Clemente.

JESUSA

¿Ves tú? ¿No te lo dije?

SEÑOR CLEMENTE

No es que yo soy güeno; es que tengo memoria, y me acuerdo der pobre e tu padre, y pienso en lo que gosaría si estuviera presente; y me acuerdo de que yo anduve enamoriscaíyo de tu madre—que aquí, pa nosotros tres, puso er mingo en su tiempo—, y uno no es de piedra... y er bien que uno haga en esta vía ya se lo pagarán en la otra. ¡Echá pa elante y subirse ar coche los

dos, que ahora mismo vamos á publicá las amonestaciones por toa Seviya!

JESUSA

¡Ja, ja, ja!

ANDRÉS

¿Pero qué le pasa á tu padre, que está tan contento?

JESUSA

Na; que ha comío.

SEÑOR CLEMENTE

¡Señó, lo que le pasaría á media Española! ¿Pos por qué hay dijustos en er mundo y están yenas las casas e locos? Porque nadie come. ¡Qué jinojo van á contarme á mí! Con que ar coche, ar coche. Vamos á pasearnos.

JESUSA

Pero, ¿ha perdió usted la chabeta, padre?

SEÑOR CLEMENTE

Tú déjate yevá.

JESUSA

¡Ea, pos vamos!

ANDRÉS

¡Vamos!

*Se van por la derecha riéndose. Jesusa se lleva el portaviandas y la botella con que salió.*

SEÑOR CLEMENTE

*Recreándose en la pareja.*

¡Ole, ole! ¡Esa es güena gente! ¡Viva mi casta!  
La verdá es que me ha dao Dios una familia  
pa ponerla en un marco.

*Al público.*

Bien comío y bien bebío,  
pa remate de funsión  
sólo un aplauso te pío.  
Si me largas un sirbío  
me cortas la digestión.

FIN

# INDICE

	<u>Páginas.</u>
I.—LA MADRECITA.....	9
I.—Ella y él.....	9
II.—Don Antonio y su casa.....	19
III.—Del otoño á la primavera.....	27
IV.—Saetas.....	35
V.—La prueba.....	49
VI.—La fuerza de la sangre.....	61
VII.—El amor se defiende.....	75
VIII.—Final.....	87
II.—VIDA NUEVA..	91
III.—PREGUNTONES .....	103
IV.—ENTREMÉS DE LOS PIROPOS.....	113
V.—FLORES ANDALUZAS.....	143
VI.—LAS HORAS DE LA SIESTA.....	153
VII.—CUATRO COPLAS (recuerdos de una noche trágica.....	163
VIII.—ENTREMÉS DE LAS BUÑOLERAS.....	175
IX.—LA ESTRELLA DEL GÉNERO ÍNFIMO.....	209
X.—ENTREMÉS DE LA PITANZA.....	225



# OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

## JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

## COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES Ó MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de El.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.

## SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin ó Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

## ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Soligo en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Ha-

blando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras. Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.

## ZARZUELAS

### EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica. La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora ó Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

### EN DOS Ó MÁS ACTOS

Anita la risueña.—Las mil maravillas.

## MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Peso y medido.

## VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Certa á Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rincónete y Cortadillo.

---

Pompas y honores, *capricho literario en verso*. Fernando Fe, Madrid.

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas*. Manuel Marin, Barcelona.

La mujer española, *una conferencia y dos cartas*. Biblioteca Hispania, Madrid.

---

## EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New-York, Chicago.*

---



## TRADUCCIONES

### AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*). — La pena •  
L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE  
PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER  
y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Cain*), por JUAN FABRÉ Y  
OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE  
MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio  
(*Amor á oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO  
TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.  
Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata  
(*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me re-  
cuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BEC-  
CARI y LUIGI MOTTA.

### AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El pæse de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO  
MONTICELLI.

### AL ALEMÁN:

Ein Sommerdyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las  
flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Le-  
benslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO  
ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V.  
HAKEN.

### AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LA-  
FOND y ALBERT BOUCHERON.

### AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

### AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por JOAO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confisao, por ALICE PESTANA (Caïel).

### AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende de la gente*), por JOHN GARRET UNDERHILL.























171616

8  
H. J. Fernin

IS  
A4758m

Author Alvarez Quintero, Sr. & Alvarez Quintero, Joaquin

Title La madrequita.

University of Toronto  
Library

DO NOT  
REMOVE  
THE  
CARD  
FROM  
THIS  
POCKET

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File"  
Made by LIBRARY BUREAU



